



UNIVERSIDAD
CATÓLICA DE
TEMUCO



SEREMI
Región de La
Araucanía

Ministerio de las
Culturas, las Artes
y el Patrimonio

Programa
Identidad Regional

SEMINARIO 2025

ARAUCAÑIA CULTURAL

EL VALOR PÚBLICO DE LA CULTURA



**UNIVERSIDAD
CATÓLICA DE
TEMUCO**



Programa
Identidad Regional

Araucanía Cultural

El valor público de la Cultura

ISBN: 978-956-6465-22-5

Título: Seminario Araucanía Cultural. El valor público de la Cultura

Sistematizadores:

Servicios Integrales Memorias y Asesorías del Sur. SIMAS SPA. José Miguel Aguirre Ramos

Registros y recopilación de información:

Carlos Adriaola y Mabel Poblete

Editores:

Silvana Ayala Forno, Coordinadora Unidad de Ciudadanía Cultural.

Secretaría regional Ministerial de las Culturas, las Artes y el Patrimonio. Región de La Araucanía.

Amandine Roche. Directora de Extensión Académica y Cultural. Universidad Católica de Temuco.

Equipo Organizador Seminario Araucanía Cultural:

UC Temuco:

Amandine Roche, Natalia Munizaga, Paula Vidal, Patricia Rebolledo, Mabel Poblete.

Equipo Dircom.

MINCAP:

Silvana Ayala, Carlos Adriaola, Hernán Sepúlveda, Caterin Rojas, Paula Araya, Manuel Rivas.

Colaboradores:

Roberto Obreque. Universidad de la Frontera “sede Pucón”.

Bioro Palma. Encargado de Cultura. Municipalidad de Carahue.

Marcela Fariña. Gestora Cultural. Centro Cultural de Angol.

Esta actividad es diseñada y cofinanciada entre la SEREMI de las Culturas, las Artes y el Patrimonio y la Dirección de Extensión Académica y Cultural de la UC Temuco. Esta iniciativa es parte de la Estrategia Programática Regional del Programa Fortalecimiento a la Identidad Cultural regional (FICR) 2025.

Reservado todos los derechos. Esta publicación es parte de la memoria institucional y programática de la Unidad de Ciudadanía Cultural. Su uso está autorizado para fines de consulta y debe ser citado.

Contenido

Presentación	5
Palabras Rectora	7
Prólogo <i>Diez años de conversación cultural en La Araucanía</i>	9
1. Valor público de la cultura	12
2. Construcción de la sistematización	13
2.1 Fuentes e insumos utilizados	14
2.2 Estrategia de análisis	15
2.3 Marco conceptual de referencia	15
2.4 Ejes de análisis	16
2.5 Alcances y límites de la sistematización	16
3. Un espacio de encuentro, lectura y proyección cultural	17
3.1 Participantes y experiencias presentes en el seminario	17
3.2 Leer la cultura desde el territorio	20
3.3 Problemas públicos presentes en las jornadas	20
3.4 Una imagen del ecosistema cultural contemporáneo	21
4. Primera Jornada: Temuco. La cultura como problema público	23
4.1 Abrir la conversación: el valor público de la cultura como pregunta territorial	23
4.2 Las reflexiones inaugurales de Ángel Mestres: cultura, comunidad y sentido compartido	25
4.3 Participación, apropiación y democracia cultural en clave territorial	26
4.4 Del reconocimiento simbólico a la legitimidad pública	28
4.5 Tensiones estructurales del valor público de la cultura	30
4.6 Cultura como infraestructura pública	32
5. Segunda Jornada: Pucón. Culturas, economías y territorios	34
5.1 Abrir la pregunta: cultura, economía y territorio	34
5.2 Miguel Bolt y lo cultural como contenido de desarrollo sostenible	35
5.3 Reino Fungi: innovación territorial desde la ciencia, la naturaleza y la creatividad	36
5.4 Medición, evidencia y legitimidad pública	38
5.5 De los eventos a los procesos: redes, gobernanza y continuidad	39
5.6 Trayectorias complementarias: Frutillar, Castro y Oficios Creativos	40
5.7 Participación, interculturalidad y sostenibilidad: preguntas críticas desde el público	43
5.8 Tensiones del desarrollo cultural territorial	44
5.9 Cultura como infraestructura de desarrollo situado	46
6. Tercera Jornada: Carahue. Cultura, bienestar, memoria y comunidad	49
6.1 Abrir la pregunta: bienestar, memoria y vida comunitaria	49

6.2 Malucha Pinto: teatro, memoria y reconstrucción del tejido social	50
6.3 Memoria, reconocimiento y construcción de sentido compartido	51
6.4 Bienestar relacional: salud, huertos y saberes cotidianos	53
6.5 Confianza social, participación y construcción de comunidad	54
6.6 Educación intercultural y diálogo de saberes	56
6.7 Capacidades comunitarias fortalecidas por la jornada	57
6.8 Valor público del bienestar cultural: lo que las políticas suelen ver tarde	59
6.9 Tensiones, orientaciones y cuidados del bienestar cultural	60
6.10 Cultura como cuidado de la vida común	62
7. Cuarta Jornada: Angol. Liderazgos, incidencia y capacidades para sostener la cultura	65
7.1 Cuando la cultura entra al terreno de las decisiones	65
7.2 Virna Veas: gestión cultural, financiamiento y sostenibilidad	66
7.3 Liderazgos situados: memoria, territorio y representación	67
7.4 Cultura, conversación e incidencia	68
7.5 Capacidades de conducción cultural	70
7.6 Tensiones para la sostenibilidad cultural	71
7.7 Cultura, liderazgo y sostenibilidad	72
8. Quinta Jornada: Cultura, espacio público, ciudad e hitos	75
8.1 Contexto: el cierre como síntesis y proyección del proceso	75
8.2 Infraestructura cultural y transformación urbana	76
8.3 Arte público, patrimonio y activación territorial	77
8.4 Hitos culturales: eventos que movilizan la ciudad	79
8.5 La ciudad como experiencia cultural	79
8.6 Espacio público, inclusión y conflicto	80
8.7 Dimensiones urbanas del valor público de la cultura	81
8.8 Del equipamiento a la apropiación	82
8.9 Aportes y proyección: diseñar ciudades como infraestructuras culturales	83
9. Capítulo 9. Cultura y desarrollo territorial en La Araucanía: aprendizajes y proyecciones desde el valor público	86
9.1 Del recorrido territorial a la comprensión del ecosistema cultural regional	86
9.2 Rasgos del ecosistema cultural regional	87
9.3 Una región culturalmente diversa y territorialmente compleja	88
9.4 Una visión integrada del valor público de la cultura	88
9.5 Tensiones y desafíos para el desarrollo cultural regional	89
9.6 Del valor público a las capacidades culturales	90
9.7 Proyecciones para el desarrollo cultural regional	91
9.8 Reflexión final	92
10. Palabras al cierre	94
11. Bibliografía conceptual	96

Presentación



El presente documento contiene la sistematización del Seminario Araucanía Cultural 2025 en que se abordó el valor público de la cultura, y coincide con los 10 años de la gestación de esta instancia de diálogo y reflexión, concebida a partir de una alianza virtuosa entre la Universidad Católica de Temuco y la Secretaría Ministerial Regional de las Culturas, las Artes y el Patrimonio, desde la Unidad de Ciudadanía Cultural.

Una labor articulada que para nuestra institucionalidad cultural constituye una posibilidad de proyección y sostenibilidad y que reconoce los objetivos estratégicos del Programa de Fortalecimiento de la Identidad Cultural Regional: descentralizar el acceso a las artes, promover la equidad territorial y rescatar las expresiones locales.

En 2016 Araucanía Cultural nace como una instancia de encuentro y participación, de aprendizaje e intercambio de experiencias exitosas y buenas prácticas que desde lo local, lo regional, lo nacional y lo internacional se avizoraban como una aportación a la misión de ambas instituciones organizadoras y a los propósitos trazados durante esta década. Lo anterior, con la premisa de que la Región de La Araucanía era eminentemente cultural y que precisamente la cultura constituía un pilar transversal para el desarrollo territorial.

Así, se transitó desde la planificación cultural, lo comunitario, la interculturalidad, la memoria, el ecosistema cultural, hasta llegar al valor público de la cultura, que congregó al público regional en cinco comunas de la región entre agosto y septiembre de 2025, en un afán de descentralizar la invitación a debatir lo cultural. Para instalar, asimismo, materias distintas en cada instancia,

contribuyendo con miradas locales capaces de identificar brechas y al, mismo tiempo, oportunidades.

En este sentido la experiencia de 2025 fue una convocatoria que interpeló a las y los agentes culturales a abordar el valor cultural desde distintas dimensiones: lo subjetivo, el impacto en las sociedades y las relaciones que las organizaciones cimentan con la ciudadanía, y que fortalecen un relato identitario y pertinente culturalmente.

Finalmente, la discusión logró sintonizar en cada uno de los territorios sobre diversas materias y contenidos conectados al tema central: el valor público de la cultura, como una forma de situar y dar coherencia al relato y a las realidades de los territorios y las comunidades. Igualmente, como un modo de indagar colectiva y colaborativamente en torno a las respuestas posibles a esta conversación y abrir un debate necesario para el futuro.

SAMIR MANUKIAN ZÚÑIGA

Secretario Regional Ministerial de las
Culturas, las Artes y el Patrimonio
Región de La Araucanía

Palabras Rectora

La cultura constituye uno de los espacios privilegiados donde una sociedad reflexiona sobre sí misma, reconoce su diversidad, fortalece su memoria colectiva e imagina los futuros que desea construir. En La Araucanía, esta convicción adquiere una relevancia aún mayor, pues el desarrollo territorial exige, además de crecimiento económico y fortalecimiento institucional, procesos capaces de generar confianza, diálogo, reconocimiento mutuo y sentido de pertenencia. La séptima versión del Seminario Araucanía Cultural ha puesto en marcha este pensamiento bajo el eje “Valor público de la cultura”.



En efecto, Araucanía Cultural ha demostrado que el valor de la cultura se expresa en su capacidad para generar vínculos, fortalecer comunidades, activar memorias, ampliar oportunidades de participación y contribuir a la construcción de territorios más inclusivos, creativos y solidarios.

El seminario nos ha planteado una pregunta particularmente pertinente para el momento que vivimos: ¿cómo contribuye la cultura a la construcción del bien común y al desarrollo de nuestros territorios? Para comenzar a responderla, ha reunido experiencias, conocimientos y miradas de comunidades, instituciones públicas, gestores culturales, artistas, académicos y organizaciones sociales que, desde distintos lugares, comparten la convicción de que la cultura es una dimensión esencial de la vida. Este modo de trabajo ha permitido que el Seminario Araucanía Cultural se consolide como un espacio de conversación pública capaz de acompañar las transformaciones de la región.

Cada versión ha permitido ampliar las preguntas sobre la cultura y su relación con las políticas públicas, el patrimonio, la participación ciudadana, la memoria, la sostenibilidad y el desarrollo territorial. La edición 2025 da un nuevo paso en esa trayectoria al proponer una mirada integradora que reconoce el valor público de la cultura como una dimensión que atraviesa todas estas discusiones. El documento que el lector tiene en sus manos es, entonces, un ejercicio de sistematización que permite reconocer nuestras voces, identificar aprendizajes, reconocer tensiones y proyectar desafíos para el fortalecimiento del ecosistema cultural regional.

Durante los últimos años, este esfuerzo ha incorporado un desafío adicional: avanzar hacia una mayor descentralización de las conversaciones culturales. La

decisión de desarrollar el seminario de manera itinerante en distintas comunas de la región ha permitido reconocer la diversidad de experiencias territoriales, visibilizar iniciativas locales y favorecer el encuentro entre actores que, desde realidades diversas, contribuyen a la vida cultural de La Araucanía. Esta orientación dialoga con la misión de nuestra Universidad, comprometida con la vinculación con los territorios y la generación de conocimiento pertinente para la región.

Para la Universidad Católica de Temuco, participar en este proceso confirma nuestro sentido fundacional: ser una universidad comprometida con el desarrollo de La Araucanía y su gente. Por eso entendemos que nuestra labor en la formación profesional y en la generación de conocimiento para la región y el país requiere sostener espacios de encuentro como este, donde la cultura contribuye a la construcción de identidades, al fortalecimiento de los vínculos comunitarios y a una convivencia basada en el reconocimiento y el respeto mutuo.

Quisiera expresar un especial reconocimiento a la Secretaría Regional Ministerial de las Culturas, las Artes y el Patrimonio de La Araucanía, con quien mantenemos una fecunda colaboración orientada a fortalecer la reflexión cultural en nuestra región. Este año, el seminario conmemora una década de trabajo conjunto: diez años en los que hemos construido una alianza institucional sostenida en el tiempo, convencidos del lugar central que ocupa la cultura en el desarrollo de La Araucanía.

Asimismo, agradezco profundamente a las y los expositores, representantes de organizaciones, gestores culturales, artistas, autoridades, académicos y participantes que hicieron posible este proceso mediante el diálogo generoso de sus experiencias y conocimientos.

Confiamos que este trabajo inspirará nuevas formas de colaboración entre instituciones y comunidades, reafirmando que el desarrollo cultural constituye una responsabilidad compartida y una condición indispensable para construir una sociedad más justa, dialogante y cohesionada.

MARCELA MOMBERG ALARCÓN

Rectora

Universidad Católica de Temuco

Prólogo

Diez años de conversación cultural en La Araucanía

El Seminario Araucanía Cultural se acerca a una fecha significativa. En 2026 cumplirá diez años desde su primera versión, una trayectoria que permite observar no solo la continuidad de una iniciativa impulsada desde la institucionalidad cultural regional, sino también los cambios que han experimentado las formas de comprender la cultura en La Araucanía durante la última década.

Las preguntas que marcaron la versión 2025 no surgieron de manera aislada. Forman parte de una conversación que se ha ido construyendo en el tiempo y que ha acompañado distintas transformaciones sociales, territoriales e institucionales de la región. Mirar este recorrido permite comprender mejor por qué temas como el valor público de la cultura, la participación, la gobernanza, el bienestar o el desarrollo territorial aparecen hoy con tanta fuerza en la discusión cultural.

La continuidad de este proceso tampoco puede entenderse sin el papel que han desempeñado las instituciones que lo han impulsado. Desde sus primeras versiones, la Secretaría Regional Ministerial de las Culturas, las Artes y el Patrimonio de La Araucanía, particularmente a través de la Unidad de Ciudadanía Cultural, ha promovido la realización de espacios de encuentro orientados a fortalecer la reflexión y el diálogo en torno a los desafíos culturales de la región. En ese contexto, el seminario se ha consolidado como una instancia que reúne experiencias, territorios y actores que habitualmente no comparten los mismos espacios de conversación.

La Universidad Católica de Temuco ha sido parte importante de este recorrido. La colaboración entre ambas instituciones ha permitido sostener un espacio donde convergen perspectivas académicas, experiencias territoriales y prácticas culturales desarrolladas en distintos contextos de la región. Esta articulación ha contribuido a ampliar las voces presentes en el seminario y a incorporar miradas provenientes de ámbitos diversos del trabajo cultural.

Desde su origen en 2016, cuando el foco estuvo puesto en los referentes para la planificación cultural, el Seminario Araucanía Cultural ha ido acompañando las transformaciones que han marcado la discusión cultural regional. En sus primeras versiones, la preocupación por la institucionalidad, el acceso y el fortalecimiento de las políticas culturales ocupó un lugar central. Con el tiempo comenzaron a incorporarse nuevas temáticas vinculadas a la participación ciudadana, la identidad territorial, la diversidad cultural, la sostenibilidad y el desarrollo local.

Este desplazamiento fue el resultado de experiencias acumuladas, aprendizajes institucionales y nuevas preguntas que fueron emergiendo desde los propios

territorios. Durante los años 2017 y 2018, por ejemplo, la discusión comenzó a abrirse hacia una comprensión más amplia de la cultura, vinculada a procesos sociales y comunitarios. En 2019, la relación entre cultura, ciudadanía y desarrollo sostenible adquirió mayor protagonismo, reflejando preocupaciones que también comenzaban a instalarse en otros espacios de debate público.

La pandemia interrumpió temporalmente la realización presencial del seminario, pero no las discusiones que lo habían impulsado. Cuando las actividades se retomaron en 2022, la interculturalidad y la memoria adquirieron una relevancia particular, en un contexto regional donde las relaciones entre cultura, identidad y territorio continuaban planteando desafíos importantes. Más recientemente, el concepto de ecosistema cultural comenzó a ganar espacio, reconociendo la diversidad de actores, prácticas y vínculos que participan en la producción de vida cultural en la región.

Es en este recorrido donde la versión 2025 encuentra su lugar. El énfasis en el valor público de la cultura aparece como una forma de reunir discusiones que han estado presentes, de distintas maneras, a lo largo de la última década. Preguntas sobre participación, desarrollo territorial, bienestar, identidad, gobernanza o sostenibilidad convergen aquí bajo una preocupación común: comprender qué lugar ocupa la cultura en la vida colectiva y cómo se sostienen sus aportes en el tiempo.

Tabla 1: Trayectoria del Seminario Araucanía Cultural (2016-2025)

Año / Período	Enfoque del seminario	Clave interpretativa
2016	Referentes para la planificación cultural	Instalación de la cultura como ámbito de política pública
2017	Políticas Culturales y Transformación social	Apertura hacia el rol social de la cultura
2018	Miradas para la comprensión de lo cultural	Ampliación hacia dimensiones simbólicas y territoriales
2019	Ciudadanía y Desarrollo Sostenible	Vinculación con desarrollo territorial y ciudadanía
2020–2021	Pausa (pandemia)	Interrupción del proceso presencial
2022	Interculturalidad y memoria	Reconocimiento de tensiones históricas y diversidad cultural
2024	Ecosistema cultural regional	Visibilización de actores y redes culturales
2025	Valor público de la cultura	Articulación de dimensiones culturales en clave pública

Fuente: Elaboración propia en base a información institucional del Seminario Araucanía Cultural (Universidad Católica de Temuco; Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio).

La trayectoria del seminario muestra una conversación que ha ido ampliando progresivamente sus temas y perspectivas. Nuevos enfoques se han incorporado

sin desplazar completamente a los anteriores, generando una acumulación de aprendizajes donde la planificación dialoga con la participación, la memoria con el desarrollo territorial y la institucionalidad con las dinámicas comunitarias. La versión 2025 se inserta en ese proceso. Las discusiones sobre valor público, participación, bienestar, desarrollo territorial o gobernanza cultural que aparecen en las páginas siguientes no constituyen temas completamente nuevos dentro del seminario. Lo que cambia es la forma en que estas preguntas vuelven a encontrarse y dialogan entre sí en un contexto distinto al de hace una década.

Al revisar la trayectoria del Seminario Araucanía Cultural resulta evidente que las preguntas han ido cambiando junto con el territorio, los actores y los desafíos que enfrenta la región. Sin embargo, existe una preocupación que parece mantenerse en el tiempo: comprender qué lugar ocupa la cultura en la vida colectiva y de qué manera contribuye a fortalecer las relaciones entre comunidades, instituciones y territorios.

Quizás uno de los principales aportes del seminario ha sido precisamente sostener ese espacio de conversación. Un espacio donde distintas experiencias pueden encontrarse, contrastar puntos de vista y volver sobre preguntas que siguen siendo relevantes para el desarrollo cultural de La Araucanía. Diez años después de su primera versión, esa conversación continúa abierta.

1. Valor público de la cultura

Durante 2025, el Seminario Araucanía Cultural desarrolló una serie de jornadas temáticas en distintas comunas de la Región de La Araucanía, convocando a representantes de instituciones públicas, universidades, organizaciones culturales, artistas, gestores, dirigentes sociales y actores territoriales. A diferencia de otras instancias centradas exclusivamente en la difusión de experiencias o contenidos especializados, el seminario se propuso generar espacios de reflexión sobre algunos de los principales desafíos que enfrenta actualmente el campo cultural regional.

El eje escogido para la versión 2025 fue el valor público de la cultura. La elección de este tema no respondió únicamente a una discusión teórica o académica, más bien surgió de preguntas que atraviesan buena parte del trabajo cultural contemporáneo: ¿cómo se reconoce el aporte de la cultura más allá de sus resultados inmediatos?, ¿de qué manera puede evaluarse aquello que produce en las comunidades?, ¿cómo se justifican las inversiones culturales dentro de contextos donde compiten múltiples prioridades públicas?

Estas preguntas aparecieron de distintas formas a lo largo de las jornadas. Algunas veces vinculadas al financiamiento cultural, otras a la participación comunitaria, al patrimonio, al bienestar, a la gestión de espacios culturales o al desarrollo territorial. Lejos de constituir discusiones independientes, fueron configurando un campo de preocupaciones compartidas que ayuda a comprender por qué el valor público se transformó en una noción relevante para leer el conjunto del seminario.

Las jornadas abordaron temáticas diversas, entre ellas la relación entre cultura y desarrollo territorial, bienestar comunitario, memoria, interculturalidad, liderazgo cultural, gobernanza, espacio público y ciudad. Aunque cada encuentro tuvo énfasis particulares, todos compartieron una preocupación común: comprender de qué manera la cultura participa en la construcción de la vida colectiva y cuál es su aporte a los procesos de desarrollo que experimentan los territorios.

Desde esta perspectiva, el concepto de valor público permite ordenar una discusión que es necesariamente más amplia que la cultura entendida como programación artística o acceso a actividades. Tal como plantea Holden (2006), el valor cultural no se reduce a sus efectos económicos o sociales, aunque estos sean importantes. También incluye la experiencia cultural en sí misma, los sentidos que produce en las personas y las formas de legitimidad que las instituciones construyen en su relación con la ciudadanía.

Uno de los aspectos que quedó de manifiesto durante el seminario es que el valor de la cultura rara vez resulta sencillo de medir. Los sistemas de gestión pública suelen privilegiar indicadores asociados a asistencia, cobertura, ejecución presupuestaria o número de actividades realizadas. Sin embargo, buena parte de los efectos culturales más significativos se expresan en

dimensiones menos visibles: pertenencia, memoria, confianza, vínculos comunitarios, reconocimiento o capacidad de acción colectiva.

Esta tensión atraviesa gran parte de las discusiones desarrolladas durante 2025. Existe un amplio reconocimiento respecto de la importancia de la cultura para la vida social y territorial, pero ese reconocimiento no siempre encuentra expresión en mecanismos estables de financiamiento, evaluación, planificación o gobernanza. La cultura es valorada, pero muchas veces continúa enfrentando dificultades para traducir ese reconocimiento en capacidades institucionales sostenidas.

En La Araucanía, esta discusión adquiere características particulares. La diversidad cultural de la región, las desigualdades territoriales, las tensiones históricas y la heterogeneidad de actores presentes en el campo cultural hacen que las preguntas sobre valor público no puedan abordarse de manera abstracta. Se expresan en experiencias concretas, en relaciones institucionales, en iniciativas comunitarias y en los distintos modos en que las personas se vinculan con la cultura en sus territorios.

La lectura que se presenta en este documento surge precisamente de ese proceso. Más que reconstruir cronológicamente cada jornada, busca identificar algunas de las ideas, tensiones y aprendizajes que fueron emergiendo a lo largo del seminario y que permiten comprender mejor los desafíos culturales que hoy enfrenta la región.

2. Construcción de la sistematización

La sistematización del Seminario Araucanía Cultural 2025 se desarrolló a partir del análisis integrado de los materiales generados antes, durante y después de sus jornadas. El trabajo consideró transcripciones de las sesiones, presentaciones de expositores, intervenciones del público, entrevistas complementarias a actores clave, documentos históricos del seminario y bibliografía especializada sobre valor cultural y políticas públicas.

El propósito del análisis fue organizar los principales contenidos del seminario, identificar temas recurrentes, reconocer diferencias entre perspectivas y construir una lectura transversal de los aprendizajes surgidos durante el proceso. Para ello, no se trabajó únicamente con el orden cronológico de las jornadas, sino también con los ejes temáticos que fueron apareciendo en ellas: valor público, participación, desarrollo territorial, bienestar, memoria, gobernanza, economía cultural, espacio público e institucionalidad.

La metodología combinó una revisión documental, un análisis temático de

los registros disponibles y una lectura comparada entre las distintas fuentes. Este procedimiento permitió distinguir contenidos descriptivos, argumentos centrales, preocupaciones compartidas y tensiones relevantes para comprender el sentido general del seminario.

2.1 Fuentes e insumos utilizados

La sistematización se construyó a partir de seis tipos principales de insumos. Cada uno aportó un nivel distinto de información: algunos permitieron reconstruir lo tratado en las jornadas; otros ayudaron a contextualizar el proceso; y otros entregaron herramientas conceptuales para ordenar la interpretación.

Tabla 2: Fuentes utilizadas para la sistematización del SAC 2025

Tipo de insumo	Descripción	Aporte a la sistematización
Transcripciones de jornadas	Registro textual de exposiciones, intervenciones y diálogos desarrollados durante el seminario.	Permitieron identificar temas recurrentes, conceptos clave, énfasis discursivos y tensiones surgidas en cada jornada.
Exposiciones de invitados	Presentaciones realizadas por actores institucionales, académicos, gestores culturales y representantes de experiencias territoriales.	Aportaron marcos de referencia, casos concretos y posicionamientos diversos sobre cultura, territorio y valor público.
Participación del público	Preguntas, comentarios e intervenciones realizadas durante las jornadas.	Permitió incorporar preocupaciones territoriales, percepciones ciudadanas y puntos de contraste frente a las exposiciones principales.
Entrevistas a actores clave	Conversaciones complementarias con participantes vinculados al proceso.	Ayudaron a profundizar ciertos temas, precisar antecedentes y complementar la lectura de las jornadas.
Documentos previos del SAC	Publicaciones y registros anteriores del Seminario Araucanía Cultural.	Entregaron continuidad histórica y permitieron situar la versión 2025 dentro de una trayectoria más amplia.
Bibliografía especializada	Textos sobre valor cultural, políticas públicas, gestión cultural y desarrollo territorial.	Permitió vincular los hallazgos del seminario con debates conceptuales relevantes para el análisis.

Fuente: Elaboración propia en base a registros del Seminario Araucanía Cultural 2025 y bibliografía especializada.

La revisión de estas fuentes permitió contrastar distintos planos de información. Las transcripciones mostraron el desarrollo efectivo de las jornadas; las exposiciones entregaron los principales argumentos presentados; las intervenciones del público incorporaron preocupaciones surgidas desde la experiencia territorial; las entrevistas ayudaron a complementar vacíos o matices; y los documentos previos permitieron vincular la versión 2025 con la trayectoria histórica del seminario.

2.2 Estrategia de análisis

El análisis se desarrolló en tres momentos. Primero, se realizó una revisión general de los materiales disponibles, con el objetivo de ordenar la información y reconocer los contenidos principales de cada jornada. En esta etapa se identificaron temas, actores, experiencias presentadas y preguntas recurrentes.

Luego se efectuó una codificación temática orientada a agrupar los contenidos en torno a dimensiones comunes. Este ejercicio permitió reconocer ejes transversales entre jornadas, tales como participación cultural, economía y territorio, bienestar comunitario, memoria, gobernanza, institucionalidad, espacio público y sostenibilidad de los procesos culturales.

Finalmente, se realizó una lectura comparada entre los distintos insumos. Esta etapa permitió observar coincidencias, diferencias y tensiones entre las perspectivas institucionales, académicas, territoriales y comunitarias presentes en el seminario. La finalidad no fue producir una síntesis única, sino identificar los principales aprendizajes y problemas que el proceso dejó instalados.

2.3 Marco conceptual de referencia

El análisis se apoyó principalmente en la noción de valor público de la cultura. Para ello se consideró la propuesta de John Holden, especialmente su trabajo *Cultural Value and the Crisis of Legitimacy* (2006), donde distingue tres dimensiones del valor cultural: intrínseca, instrumental e institucional.

La dimensión intrínseca refiere a la experiencia cultural en sí misma, es decir, a los efectos emocionales, simbólicos, estéticos y cognitivos que la cultura genera en las personas. La dimensión instrumental se relaciona con los impactos que la cultura puede producir en otros ámbitos, como el desarrollo económico, la cohesión social, la educación, la inclusión o el bienestar. La dimensión institucional, por su parte, remite a la confianza, legitimidad y capacidad pública de las organizaciones culturales en su relación con la ciudadanía.

Estas tres dimensiones fueron utilizadas como una referencia para ordenar el análisis, no como una matriz rígida. En las jornadas del seminario, los distintos tipos de valor aparecen entrelazados: una experiencia cultural podría ser significativa para una comunidad, generar efectos sociales y, al mismo tiempo, plantear preguntas sobre financiamiento, gestión o legitimidad institucional.

Junto con este marco, se consideraron aportes de la discusión contemporánea sobre cultura y políticas públicas, especialmente aquellos que advierten sobre el riesgo de reducir la cultura únicamente a sus efectos medibles o instrumentales. Esta precaución fue relevante para analizar el seminario sin separar artificialmente la experiencia cultural de sus condiciones sociales, territoriales e institucionales.

2.4 Ejes de análisis

A partir de la revisión de los materiales y del marco conceptual adoptado, se definieron tres ejes de análisis para ordenar la lectura del seminario.

- **Cultura como experiencia.** Este eje se centra en la dimensión vivencial de la cultura: los sentidos, emociones, memorias, aprendizajes y vínculos que se producen a partir de las prácticas culturales. Permitió observar cómo las jornadas abordaron la cultura desde su capacidad de generar pertenencia, reconocimiento y significación compartida.
- **Externalidades de la cultura.** Este eje considera los efectos que la cultura puede producir en otros ámbitos del desarrollo. Incluye temas como economía cultural, turismo, bienestar, inclusión social, regeneración urbana, educación, cohesión comunitaria y desarrollo territorial. Su uso permitió analizar tanto las oportunidades como los riesgos de justificar la cultura solo por su utilidad externa.
- **Valor público institucional.** Este eje aborda las condiciones que permiten sostener la cultura en el tiempo: gobernanza, financiamiento, planificación, participación, articulación entre actores, legitimidad pública y capacidades institucionales. Fue especialmente útil para analizar las discusiones sobre incidencia, continuidad de procesos y relación entre instituciones y comunidades.

Estos ejes no operaron como categorías cerradas. En varias jornadas aparecieron superpuestos. Por ejemplo, una experiencia vinculada al patrimonio podía ser analizada como vivencia cultural, como aporte al desarrollo territorial y como desafío de gestión pública. Esa superposición fue considerada parte del análisis, ya que refleja la complejidad del campo cultural regional.

2.5 Alcances y límites de la sistematización

Esta sistematización ofrece una lectura construida a partir de los materiales disponibles del Seminario Araucanía Cultural 2025. Su alcance está definido por las jornadas realizadas, los actores participantes, los registros revisados y los insumos complementarios considerados durante el proceso.

El documento no representa la totalidad del campo cultural de La Araucanía ni pretende generalizar sus conclusiones a todas las realidades culturales de la región. Su aporte consiste en ordenar e interpretar un proceso específico, identificando aprendizajes, tensiones y preguntas útiles para la reflexión institucional, territorial y comunitaria.

También es importante considerar que toda sistematización trabaja con una selección de materiales y decisiones de análisis. Algunas voces, temas o énfasis pueden quedar menos desarrollados que otros, dependiendo de la disponibilidad de registros, la profundidad de las intervenciones y la información complementaria existente.

Aun con esos límites, el proceso permite reconocer aspectos relevantes del debate cultural regional. El seminario reunió experiencias diversas, abrió discusiones sobre temas estratégicos y permitió observar cómo distintas instituciones, comunidades y actores culturales están pensando hoy el lugar de la cultura en el desarrollo de La Araucanía.

3. Un espacio de encuentro, lectura y proyección cultural

La versión 2025 del Seminario Araucanía Cultural reunió experiencias provenientes de distintos ámbitos del trabajo cultural, comunitario, académico e institucional. A lo largo de sus jornadas participaron gestores culturales, artistas, representantes de organismos públicos, académicos, organizaciones territoriales y especialistas vinculados a temas tan diversos como patrimonio, desarrollo territorial, economía creativa, bienestar comunitario, educación intercultural, liderazgo, memoria, espacio público y ciudad.

La diversidad de actores y experiencias presentes en el programa permite observar algunas de las preocupaciones que actualmente atraviesan el campo cultural. Más allá de las diferencias entre contextos y trayectorias, muchas de las exposiciones abordaron preguntas relacionadas con la sostenibilidad de los procesos culturales, la participación de las comunidades, la construcción de identidad territorial, la incidencia pública de la cultura y las condiciones necesarias para sostener iniciativas de largo plazo.

3.1 Participantes y experiencias presentes en el seminario

La siguiente tabla resume las principales experiencias, exposiciones y enfoques presentes durante el Seminario Araucanía Cultural 2025.

Tabla 3: Expositores, experiencias y enfoques temáticos presentes en el Seminario Araucanía Cultural 2025

Nº	Expositor/a	Presentación o experiencia	Enfoque principal	Instancia de participación
1	Ángel Mestre	Historias para salvar(nos) de (las) contingencias	Gestión cultural, participación y comunidad	Temuco – Jornada inaugural
2	Miguel Bolt	Lo cultural como contenido de desarrollo sostenible	Economía creativa, desarrollo territorial y sostenibilidad	Pucón – Culturas, economías y territorios
3	María Isabel Helmke	Frutillar Ciudad Creativa de la Música UNESCO	Desarrollo cultural territorial y redes internacionales	Pucón – Culturas, economías y territorios
4	Paula Delgado	Feria de la Biodiversidad y Festival Costumbrista Chilote	Patrimonio vivo, identidad local y participación comunitaria	Pucón – Culturas, economías y territorios
5	Sibylle Von Baer	Revitalización de oficios tradicionales desde una perspectiva contemporánea	Oficios, patrimonio e innovación cultural	Pucón – Culturas, economías y territorios
6	Malucha Pinto	Teatro como herramienta de transformación social	Artes, participación y transformación comunitaria	Carahue – Cultura, bienestar e innovación social
7	Juan Hausheer	¿Es posible generar un desarrollo cultural que aporte al bienestar de las comunidades?	Cultura y bienestar comunitario	Carahue – Cultura, bienestar e innovación social
8	Graciela Parra	Lo cultural como instrumento para la implementación de programas sociales	Cultura, intervención social y territorio	Carahue – Cultura, bienestar e innovación social
9	Domingo Oñate	Desarrollo de iniciativas educativas centradas en el diálogo intercultural	Educación intercultural y formación ciudadana	Carahue – Cultura, bienestar e innovación social
10	Virna Veas F	Gestión e inversión pública en cultura	Financiamiento, gestión e institucionalidad cultural	Angol – Incidencia, liderazgos y visiones culturales

Nº	Expositor/a	Presentación o experiencia	Enfoque principal	Instancia de participación
11	Sofía Huaiquil	Redes sociales y liderazgo cultural	Comunicación digital, liderazgo y cultura mapuche	Angol – Incidencia, liderazgos y visiones culturales
12	Blanca González	Experiencias de liderazgo territorial	Patrimonio campesino, organización comunitaria y liderazgo	Angol – Incidencia, liderazgos y visiones culturales
13	Rodrigo Veas	Memoria, derechos humanos e incidencia cultural	Memoria histórica y acción pública	Angol – Incidencia, liderazgos y visiones culturales
14	Francisca Però	Ciudades creativas: desarrollo e impacto local. Experiencia Festival REC	Industrias culturales, ciudad y desarrollo local	Temuco – Cultura, espacios públicos y ciudades
15	Carlos Randón	Bienal SACO y programa Museo sin Museo	Arte contemporáneo, territorio y mediación cultural	Temuco – Cultura, espacios públicos y ciudades
16	Pamela Vásquez	Cultura, espacios públicos y ciudades	Patrimonio urbano y planificación cultural	Temuco – Cultura, espacios públicos y ciudades
17	Francisca Salas	Patrimonio y espacios públicos	Paisaje cultural, territorio y espacio urbano	Temuco – Cultura, espacios públicos y ciudades

Fuente: Elaboración propia a partir del programa oficial del Seminario Araucanía Cultural 2025

La composición del programa permite reconocer una característica relevante del seminario: la discusión cultural no se encuentra concentrada en un único ámbito de acción. Las experiencias presentadas provienen de espacios tan diversos como la gestión cultural, el patrimonio, las industrias creativas, la educación, el desarrollo comunitario, la planificación territorial y la gestión pública. Esta amplitud muestra que las discusiones sobre cultura se desarrollan hoy en estrecha relación con otros procesos sociales, económicos, territoriales e institucionales.

También resulta significativo que muchas de las experiencias compartan desafíos similares a pesar de sus diferencias. La necesidad de fortalecer capacidades locales, generar formas sostenibles de financiamiento, construir vínculos con las comunidades, articular actores diversos o proyectar iniciativas más allá de los ciclos institucionales aparece de manera recurrente en distintas jornadas y contextos.

3.2 Leer la cultura desde el territorio

Uno de los aspectos que emerge con mayor claridad a lo largo del seminario es la existencia de múltiples formas de interpretar la cultura. Las exposiciones no presentan una definición única ni una visión homogénea sobre lo cultural. Por el contrario, muestran cómo distintos actores construyen lecturas particulares a partir de sus experiencias, trayectorias y contextos de trabajo.

Hablar de una lectura de la cultura implica reconocer que los procesos culturales siempre son observados desde determinados marcos de referencia. Cada proyecto, experiencia o iniciativa supone una forma de comprender el territorio, identificar necesidades, reconocer oportunidades y atribuir significado a las prácticas culturales. Estas lecturas no son necesariamente coincidentes y, precisamente por ello, permiten ampliar la comprensión sobre el papel que la cultura desempeña en la vida colectiva.

Algunas experiencias entienden la cultura principalmente como un espacio de creación artística y expresión simbólica. Otras enfatizan su contribución al desarrollo territorial, la innovación, la economía creativa o el turismo. También aparecen miradas centradas en la memoria, el patrimonio, la educación intercultural, el bienestar comunitario o la participación ciudadana. Más que interpretaciones excluyentes, estas perspectivas iluminan dimensiones diferentes de una realidad compleja.

La riqueza del seminario radica justamente en la posibilidad de observar estas miradas en un mismo espacio. Las jornadas permiten reconocer cómo distintos actores atribuyen sentido a la cultura, qué expectativas depositan en ella y cuáles son los problemas que consideran prioritarios en sus territorios. En algunos casos, la cultura aparece asociada al fortalecimiento de la identidad y la memoria; en otros, a la cohesión social, el desarrollo económico o la transformación comunitaria. Esta diversidad de enfoques constituye uno de los rasgos más visibles del encuentro.

En una región como La Araucanía, marcada por la coexistencia de múltiples identidades, memorias y trayectorias territoriales, esta pluralidad adquiere una relevancia particular. Las jornadas muestran que la cultura no se vive ni se interpreta de la misma manera en todos los contextos y que las respuestas a los desafíos culturales suelen construirse desde experiencias situadas más que desde modelos universales.

3.3 Problemas públicos presentes en las jornadas

A medida que avanzan las distintas jornadas, es posible identificar una serie de preocupaciones que aparecen de manera recurrente, aun cuando las experiencias provienen de contextos muy distintos. Más que temas aislados, se trata de problemas públicos que atraviesan buena parte de las discusiones

culturales contemporáneas y que permiten comprender las preguntas que movilizan a los distintos actores presentes en el seminario.

Tabla 4: Problemas públicos abordados en el Seminario Araucanía Cultural 2025

Problema público	Expresión en las jornadas
Construcción de identidad y sentido de pertenencia	Memoria, patrimonio, oficios tradicionales, prácticas comunitarias, identidad territorial e interculturalidad.
Cultura y desarrollo territorial	Economía creativa, turismo cultural, innovación, sostenibilidad y revitalización de territorios.
Bienestar y cohesión social	Participación, cuidado comunitario, transformación social, educación intercultural y fortalecimiento de vínculos sociales.
Gobernanza y sostenibilidad cultural	Financiamiento, liderazgo, asociatividad, articulación institucional e incidencia pública.
Espacio público y vida urbana	Infraestructura cultural, apropiación de espacios, paisaje cultural, ciudad y acceso a la cultura.

Fuente: Elaboración propia a partir del análisis de las jornadas del Seminario Araucanía Cultural 2025.

Las discusiones desarrolladas durante el seminario muestran que la cultura suele aparecer vinculada a problemas que exceden el ámbito artístico o programático. Las preguntas sobre identidad remiten a procesos de memoria y pertenencia; las reflexiones sobre desarrollo territorial incorporan dimensiones económicas, sociales y ambientales; los debates sobre bienestar se relacionan con formas de convivencia, participación y construcción de comunidad; mientras que las discusiones sobre gobernanza apuntan a las condiciones necesarias para sostener procesos culturales en el tiempo.

Lo interesante es que estos problemas rara vez aparecen de manera aislada. Una misma experiencia puede fortalecer la identidad local, contribuir al desarrollo territorial, generar espacios de participación comunitaria y enfrentar desafíos de financiamiento o gestión. Esta superposición aparece de forma reiterada a lo largo de las jornadas y permite observar cómo los procesos culturales se desarrollan habitualmente en la intersección entre dimensiones simbólicas, sociales, económicas e institucionales.

3.4 Una imagen del ecosistema cultural contemporáneo

La diversidad de experiencias reunidas durante el seminario permite observar

comunitarias, programas públicos, emprendimientos culturales, experiencias patrimoniales, proyectos educativos y propuestas artísticas que responden a contextos territoriales diversos.

Estas experiencias muestran un entramado de actores que trabajan desde posiciones, recursos y objetivos diferentes, pero que enfrentan desafíos comunes relacionados con la sostenibilidad de sus iniciativas, la participación de las comunidades, la articulación institucional y la construcción de vínculos significativos con los territorios.

Esta heterogeneidad aparece de manera transversal a lo largo del seminario y constituye uno de los rasgos más visibles de las discusiones desarrolladas durante 2025. Antes de entrar al análisis específico de cada jornada, permite reconocer el contexto más amplio en el que se inscriben las experiencias, debates y tensiones que serán examinados en los capítulos siguientes.

4. Primera Jornada: Temuco. La cultura como problema público

Entre el reconocimiento discursivo, la apropiación comunitaria y la decisión institucional.

4.1 Abrir la conversación: el valor público de la cultura como pregunta territorial

La primera jornada del Seminario Araucanía Cultural 2025 abrió una conversación que atravesaría todo el proceso: cómo reconocer, sostener y proyectar el valor público de la cultura en los territorios. La pregunta apuntaba a un problema profundo: de qué manera la cultura participa en la construcción de comunidad, identidad, bienestar, participación ciudadana y desarrollo territorial, y bajo qué condiciones ese valor logra traducirse en decisiones públicas, capacidades institucionales y procesos sostenidos en el tiempo.

El lanzamiento se realizó el 19 de agosto de 2025 en el Auditorio de la Universidad Católica de Temuco, en la ciudad de Temuco. La jornada dio inicio a la séptima versión del seminario y reunió a autoridades regionales, representantes municipales, consejeros regionales de cultura, agentes culturales, académicos, estudiantes y público interesado en el desarrollo cultural de La Araucanía. Desde su apertura, el encuentro combinó tres dimensiones: fue un hito institucional, una instancia de reflexión pública y el punto de partida de un recorrido territorial que continuaría posteriormente en Pucón, Carahue, Angol y nuevamente Temuco.

La actividad fue organizada por la Secretaría Regional Ministerial de las Culturas, las Artes y el Patrimonio de La Araucanía, a través de su Unidad de Ciudadanía Cultural, junto con la Universidad Católica de Temuco, mediante su Dirección de Extensión Académica y Cultural. Esta alianza expresó una forma concreta de comprender la cultura como asunto público. Estado, academia, municipios, agentes culturales y comunidades aparecieron como actores llamados a encontrarse para pensar el desarrollo regional desde una mirada más amplia que la sola ejecución de actividades o la circulación de contenidos culturales. La decisión de desplegar el seminario por distintos territorios de la región entregó una primera clave interpretativa. Pensar la cultura en La Araucanía exige reconocer la diversidad interna del territorio, sus memorias, sus trayectorias comunales, sus prácticas culturales, sus desigualdades de acceso y sus distintas capacidades institucionales. La vida cultural regional se configura en una trama de comunas, organizaciones, espacios comunitarios, instituciones, artistas, gestores, universidades y memorias locales que obligan a pensar la cultura desde una perspectiva situada.

Desde la SEREMI de las Culturas, las Artes y el Patrimonio de La Araucanía, se destacan tres orientaciones que han guiado el trabajo institucional: visibilización, asociatividad y descentralización. Estos énfasis entregaron un marco político claro a la jornada. La visibilización remite al reconocimiento de prácticas, actores y experiencias que muchas veces permanecen fuera de los circuitos principales de validación cultural. La asociatividad apunta a la construcción de redes entre instituciones públicas, municipios, universidades, organizaciones, artistas y comunidades. La descentralización implica transformar la forma en que se distribuyen las conversaciones, los recursos, las oportunidades y las capacidades culturales dentro de la región.

La rectora de la Universidad Católica de Temuco, Marcela Momberg Alarcón, profundizó esta reflexión al situar la cultura como una dimensión estratégica para el desarrollo humano y territorial. En su intervención destacó la capacidad de la cultura para fortalecer identidades, generar cohesión social, tejer lazos de confianza y proyectar horizontes compartidos en contextos marcados por la diversidad. Sus palabras reforzaron una idea que sería transversal a la jornada: la cultura participa activamente en la forma en que las comunidades construyen sentido, enfrentan procesos de transformación y proyectan su futuro. Desde esta perspectiva, la Universidad Católica de Temuco no actuó solamente como sede del encuentro, sino como una institución capaz de articular conocimiento, creación, participación ciudadana y reflexión pública en torno al desarrollo cultural de La Araucanía.

En ese marco, la conferencia inaugural de Ángel Mestres Vila ocupó un lugar central. Gestor cultural español, académico y educador social, Mestres fue invitado por su trayectoria en gestión cultural, participación ciudadana, democracia cultural y desarrollo territorial. Su presencia resultaba especialmente pertinente para una jornada dedicada al valor público de la cultura, porque su trabajo permite conectar la reflexión conceptual con experiencias concretas de comunidad, apropiación, ciudadanía y construcción de vínculos. La conferencia, titulada Historias para salvar(nos) de las contingencias, funcionó como una puerta de entrada al problema central del seminario: qué hace que una experiencia cultural sea significativa para una comunidad y cómo ese significado puede transformarse en valor público.

La jornada inaugural instaló así una tensión de fondo. La cultura posee una legitimidad ampliamente reconocida en términos de identidad, cohesión social, bienestar, participación y construcción de futuro. Ese reconocimiento requiere traducirse en decisiones, recursos, mecanismos de evaluación, capacidades institucionales y formas de continuidad. Esta distancia entre reconocimiento simbólico e incidencia efectiva apareció en distintos momentos de la jornada: en el énfasis institucional por fortalecer la asociatividad y la descentralización; en la intervención de la rectora al presentar la cultura como parte del desarrollo humano y territorial; en la pregunta por la participación comunitaria; en la dificultad de evaluar impactos culturales complejos; y en los relatos presentados por Mestres, donde el valor de una experiencia cultural dependía de su capacidad para integrarse en la vida colectiva.

Temuco instaló, por tanto, el problema público inicial del seminario: cómo convertir el valor reconocido de la cultura en capacidades públicas, comunitarias e institucionales capaces de sostener procesos culturales de largo plazo.

4.2 Las reflexiones inaugurales de Ángel Mestres: cultura, comunidad y sentido compartido

La conferencia de Ángel Mestres constituyó uno de los principales núcleos reflexivos de la jornada inaugural. Su intervención se construyó a partir de relatos, casos y provocaciones que permitieron observar la cultura en acción: como práctica social que adquiere sentido en la experiencia cotidiana de las personas.

El aporte de Mestres consistió en desplazar la pregunta desde la gestión de actividades hacia la construcción de vínculos. Su exposición interrogó las condiciones que permiten que una comunidad reconozca una experiencia cultural como propia, la habite, la cuide y eventualmente la defienda. Desde esa perspectiva, conceptos como participación, apropiación, democracia cultural y valor público comenzaron a leerse desde situaciones concretas de encuentro, pertenencia y construcción colectiva de sentido.

Uno de los ejemplos más sugerentes fue el caso del McDonald's del barrio Saint-Barthélemy, en Marsella. Según relató Mestres, la comunidad se movilizó para impedir el cierre del local porque ese espacio funcionaba como un lugar de encuentro en un barrio con escasez de equipamientos sociales. La defensa comunitaria no estaba dirigida a proteger una marca comercial, sino a resguardar un espacio que había adquirido sentido colectivo. La fuerza del ejemplo reside precisamente en esa incomodidad: un lugar pensado originalmente desde una lógica comercial podía transformarse, por el uso cotidiano y la apropiación social, en un espacio significativo para la vida comunitaria.

El caso permitió formular una pregunta especialmente relevante para la gestión cultural: qué condiciones hacen que un espacio sea reconocido, cuidado y defendido por una comunidad. Un lugar adquiere valor público cuando se integra en los recorridos cotidianos, en las memorias compartidas, en las formas de encuentro y en las relaciones que sostienen la vida común. La apropiación aparece, entonces, como una relación sostenida entre comunidad y espacio; una relación hecha de uso, afecto, identificación y sentido.

Los relatos presentados por Mestres —Marsella, Kosovo, Londres durante los bombardeos, experiencias vinculadas a tecnología e inteligencia artificial, memoria migrante e identidad— apuntaron hacia una misma comprensión: las experiencias culturales pueden funcionar como sostén colectivo en contextos de incertidumbre, crisis y transformación. Permiten narrar lo que ocurre, dar forma a experiencias dispersas, producir lenguajes comunes y abrir espacios donde las personas pueden reconocerse en una historia compartida. En cada caso, lo cultural aparecía como una práctica capaz de organizar la experiencia

social y ofrecer formas de sentido frente a escenarios complejos.

La forma narrativa de su intervención también tuvo relevancia metodológica. Al trabajar mediante historias, Mestres mostró que el valor público de la cultura se comprende mejor cuando se observa en situaciones concretas. Los relatos permitieron ver cómo las personas atribuyen significado a determinados espacios, prácticas o experiencias culturales; cómo una comunidad se vincula con aquello que reconoce como propio; y cómo ciertos procesos culturales pueden generar identificación, cuidado y compromiso colectivo. En ese sentido, las historias operaron como herramientas de análisis.

En el contexto de una jornada dedicada al valor público de la cultura, esta perspectiva resultó especialmente significativa. Mientras las intervenciones institucionales habían situado la cultura como una dimensión estratégica del desarrollo regional, Mestres mostró cómo ese valor se construye en la práctica: en la relación entre personas, espacios, memorias y experiencias compartidas. Su exposición permitió comprender que el valor público surge de la capacidad de los procesos culturales para producir relaciones duraderas entre comunidades y territorios.

La reflexión sobre democracia cultural fue parte de ese desplazamiento. La democratización cultural se relaciona con ampliar el acceso a bienes, servicios y espacios culturales. La democracia cultural, en cambio, sitúa a las personas y comunidades como sujetos activos en la vida cultural de sus territorios. Desde esta perspectiva, el acceso constituye una condición necesaria, pero la participación expresa un nivel más profundo de involucramiento: las comunidades reciben, interpretan, transforman, cuidan y proyectan aquello que adquiere sentido territorial.

La intervención de Mestres permitió, además, instalar una exigencia ética para la gestión cultural. La apropiación comunitaria se construye mediante relaciones significativas. Requiere preguntarse cómo se diseñan los espacios, quiénes participan en su definición, qué tipo de vínculos se construyen, qué lugar se otorga a las experiencias locales y qué continuidad se ofrece en el tiempo. Una experiencia cultural adquiere valor público cuando logra ser reconocida por una comunidad como parte de su vida común.

4.3 Participación, apropiación y democracia cultural en clave territorial

Las reflexiones inaugurales de Ángel Mestres dialogaron directamente con las preocupaciones institucionales y territoriales planteadas al inicio de la jornada. Si el marco político del seminario hablaba de visibilización, asociatividad y descentralización, la conferencia permitió profundizar en las condiciones concretas bajo las cuales esos principios pueden convertirse en procesos culturales significativos. La pregunta dejó de ser únicamente cómo llevar cultura a los territorios y pasó a ser cómo construir procesos culturales con los territorios.

La participación cultural adquiere profundidad cuando las comunidades intervienen en la definición, creación, apropiación y conducción de los procesos culturales que afectan sus vidas. Participar significa formar parte de una experiencia que permite reconocerse, deliberar, crear sentido y construir vínculos con otros. En este marco, la cultura aparece como una práctica social mediante la cual las comunidades elaboran públicamente sus memorias, preocupaciones, deseos y formas de convivencia.

Esta comprensión resulta especialmente pertinente para La Araucanía. La región presenta una diversidad territorial, cultural e institucional que vuelve insuficiente cualquier enfoque homogéneo. Las comunas, los espacios culturales, las organizaciones comunitarias, las universidades, los municipios y los agentes culturales enfrentan condiciones distintas y cuentan con capacidades desiguales. Existen diferencias entre capital regional, comunas intermedias, zonas rurales, territorios costeros, zonas cordilleranas, espacios urbanos y comunidades con trayectorias culturales diversas. Por ello, la participación cultural requiere mecanismos flexibles, capaces de dialogar con cada contexto.

La democracia cultural, en este sentido, se vuelve una forma de gestión situada. Reconocer sujetos culturales implica aceptar que una comunidad participa culturalmente cuando puede incidir en aquello que considera valioso, sostener sus memorias, proyectar sus prácticas y expresar sus formas propias de habitar el territorio. La participación cultural tiene, por tanto, una dimensión política, aunque no necesariamente partidaria: se relaciona con la capacidad de una comunidad para nombrar lo que valora y disputar el lugar que eso ocupa en la vida pública.

El valor público de la cultura se expresa en la capacidad de generar pertenencia, fortalecer vínculos comunitarios y producir sentidos compartidos que permanecen más allá de cada actividad específica. Una experiencia cultural significativa se reconoce por el tipo de relación que logra construir con quienes participan de ella. Hay actividades que reúnen público durante unas horas y hay procesos que dejan comunidad. Esa diferencia resulta decisiva para comprender la profundidad de lo cultural.

Esta perspectiva desplaza el centro de la gestión cultural hacia la construcción de condiciones. La tarea consiste en crear experiencias culturales con arraigo territorial, capaces de vincular programación, participación y continuidad. Esto implica escuchar, reconocer actores, fortalecer redes, abrir espacios de colaboración y sostener presencia en el tiempo. La participación efectiva exige confianza, regularidad y relaciones significativas. Allí donde estos elementos existen, las actividades pueden transformarse en procesos. Allí donde están ausentes, incluso una buena programación puede quedar reducida a un hecho aislado.

La apropiación cultural se relaciona con esa continuidad. Un espacio, una práctica o una iniciativa cultural adquiere relevancia pública cuando comienza a ser reconocida como parte de la vida comunitaria. En La Araucanía, esta

pregunta adquiere una densidad particular por la presencia de memorias diversas, identidades territoriales fuertes, desigualdades históricas y brechas persistentes entre distintos espacios de la región. La apropiación cultural implica, en este contexto, que las comunidades puedan reconocerse en las iniciativas que se desarrollan y participar en la construcción de sus sentidos.

La descentralización cultural encuentra aquí una dimensión especialmente importante. Su sentido más profundo consiste en fortalecer capacidades locales, reconocer las particularidades de cada territorio y construir condiciones para que los procesos culturales tengan continuidad. La descentralización se vuelve efectiva cuando permite que las comunas, organizaciones y comunidades participen en la construcción de agendas, prioridades, redes y sentidos culturales propios.

4.4 Del reconocimiento simbólico a la legitimidad pública

La discusión sobre el valor público de la cultura conduce necesariamente al problema de la legitimidad. Una experiencia cultural puede ser valorada por quienes participan en ella, pero necesita ser reconocida también por los sistemas de decisión que asignan recursos, definen prioridades y establecen criterios de evaluación. Allí aparece una tensión estructural del campo cultural: muchas de las contribuciones más relevantes de los procesos culturales son profundas, acumulativas y difíciles de reducir a indicadores simples.

Los sistemas públicos de evaluación suelen privilegiar datos de asistencia, cobertura, número de actividades, montos ejecutados o productos generados. Estos indicadores cumplen una función necesaria: permiten rendir cuentas, describir niveles de actividad y observar grados de ejecución. Sin embargo, los procesos culturales también producen efectos que requieren otras formas de lectura: bienestar subjetivo, memoria compartida, confianza social, reconocimiento identitario, apropiación territorial, fortalecimiento comunitario y capacidad de diálogo.

Desde el marco de Holden, esta tensión puede comprenderse a partir de tres dimensiones del valor cultural. El valor intrínseco refiere a la experiencia cultural en sí misma, a aquello que ocurre en las personas en términos emocionales, simbólicos, estéticos y cognitivos. El valor instrumental se relaciona con los efectos sociales, económicos, educativos o territoriales que la cultura puede producir. El valor institucional remite a la confianza, legitimidad y capacidad pública de las organizaciones que sostienen procesos culturales. La jornada de Temuco mostró que estas dimensiones necesitan ser pensadas de manera articulada, porque ninguna de ellas alcanza por sí sola para comprender la complejidad del valor cultural.

Una iniciativa puede tener un alto valor simbólico para una comunidad y, al mismo tiempo, enfrentar dificultades para ser reconocida por los instrumentos de financiamiento. Puede generar vínculos relevantes, pero no contar con

indicadores capaces de describirlos. Puede fortalecer identidad y memoria, pero quedar fuera de las categorías tradicionales de impacto. Esta brecha afecta la forma en que la vida cultural se defiende dentro de las políticas públicas. Aquello que no logra ser nombrado ni evaluado queda en una posición frágil al momento de disputar recursos, continuidad o prioridad institucional.

Surge de aquí la reflexión en cuanto al impacto de las iniciativas generadas por la institucionalidad: programas con enfoque participativo pero que no necesariamente logran mantenerse en el tiempo, la crisis de la participación en cuanto a tiempo y formas, las transformaciones culturales, los nuevos contenidos y plataformas de vinculación ciudadana que nos generan nuevos desafíos a la hora de pensar en el diseño de iniciativas o experiencias significativas para y con las comunidades y por sobre todo el diseño de indicadores que se centren en el impacto de las políticas culturales por sobre su forma de ser implementadas.

La reflexión de Yúdice ayuda a comprender otra dimensión del problema. En las sociedades contemporáneas, la cultura suele ser tratada como recurso y se le exige demostrar utilidad para fines económicos, sociales, turísticos o educativos. Esa utilidad existe y forma parte de su valor, pero los procesos culturales pierden densidad cuando solo se legitiman por sus efectos externos. Su importancia pública también reside en su capacidad de producir experiencia, sentido, derecho, pertenencia y vida colectiva. En este punto, la jornada de Temuco abrió una pregunta metodológica y política: cómo evaluar la cultura sin reducirla.

La tarea consiste en construir formas de evaluación más sensibles a los procesos culturales reales. Evaluar cultura implica contar, pero también interpretar. Implica registrar asistencia, pero también comprender apropiación. Implica observar cobertura, pero también vínculos. Implica medir ejecución, pero también reconocer aprendizajes, redes, memorias y capacidades que quedan instaladas en los territorios. La evaluación cultural debe permitir que lo importante pueda ser observado aunque no siempre sea fácilmente cuantificable.

Esta discusión se conecta directamente con la decisión pública. Medir la cultura de manera más compleja constituye una condición política para fortalecer su legitimidad. Una política cultural madura requiere indicadores, relatos, evidencias cualitativas y criterios interpretativos capaces de mostrar la densidad del valor que la cultura produce. La legitimidad cultural se construye, entonces, en un doble movimiento: desde la experiencia vivida por las comunidades y desde la capacidad institucional de reconocer, argumentar y sostener esa experiencia en el tiempo.

4.5 Tensiones estructurales del valor público de la cultura

Las discusiones desarrolladas en Temuco permitieron identificar un conjunto de tensiones estructurales del valor público de la cultura. Estas tensiones aparecen como dimensiones conectadas entre sí. La forma en que se mide la cultura afecta su legitimidad; la legitimidad incide en su financiamiento; el financiamiento condiciona su continuidad; y la continuidad determina, en buena medida, la posibilidad de construir apropiación comunitaria.

Tabla 5: Tensiones estructurales del valor público de la cultura identificadas en la jornada de Temuco

Nº	Dimensión	Situación observada	Tensión estructural	Implicancia para la gestión cultural
1	Cultura y decisión pública	Existió alto reconocimiento discursivo sobre la importancia de la cultura.	Reconocimiento simbólico e incidencia efectiva.	La cultura necesita traducir su legitimidad social en planificación, presupuesto y toma de decisiones.
2	Democracia cultural	Se planteó la necesidad de profundizar la participación comunitaria.	Acceso cultural y participación efectiva.	El desafío es generar condiciones para que las comunidades participen en la definición, creación y sostenibilidad de los procesos culturales.
3	Valor cultural	La cultura fue asociada a identidad, bienestar, economía, cohesión social y desarrollo.	Valor intrínseco y valor instrumental.	La gestión cultural requiere sostener simultáneamente la experiencia simbólica de la cultura y sus efectos sociales, económicos y territoriales.
4	Intitucionalidad	La continuidad cultural depende muchas veces de voluntades, proyectos y ciclos administrativos.	Procesos culturales y financiamiento discontinuo.	Se requieren estructuras permanentes que permitan sostener iniciativas más allá de actividades aisladas.

Nº	Dimensión	Situación observada	Tensión estructural	Implicancia para la gestión cultural
5	Territorio	Las comunas presentan capacidades desiguales para sostener procesos culturales.	Descentralización y brechas territoriales.	La descentralización cultural exige fortalecer capacidades locales, redes territoriales y condiciones de gestión.
6	Evaluación	Predominan indicadores de asistencia, cobertura y ejecución.	Medición cuantitativa e impactos culturales complejos.	La evaluación debe integrar dimensiones como pertenencia, memoria, confianza, bienestar y vínculo comunitario.
7	Comunidad	Algunos proyectos logran convertirse en espacios significativos para la vida cotidiana.	Evento cultural y apropiación social.	El éxito cultural se expresa en la capacidad de producir comunidad, continuidad y sentido compartido.

Fuente: Elaboración propia en base a la jornada inaugural del Seminario Araucanía Cultural 2025, Temuco; Holden (2006) y Yúdice (2002).

Observadas en conjunto, estas tensiones muestran que el valor público de la cultura emerge de la interacción entre participación, legitimidad, capacidades institucionales, apropiación comunitaria y continuidad de los procesos culturales. Las discusiones desarrolladas en Temuco sugieren que estas dimensiones se fortalecen mutuamente y que su articulación determina la profundidad de los impactos culturales en los territorios. Más que una suma de actividades o recursos, el valor público aparece como una capacidad colectiva que se construye mediante relaciones sostenidas entre comunidades, instituciones y espacios culturales.

La estructura de estas tensiones muestra una circularidad difícil de romper. La cultura moviliza experiencias, vínculos y procesos que requieren formas de evaluación capaces de reconocer su complejidad. Cuando estos mecanismos existen, resulta más fácil fortalecer su legitimidad institucional, sostener financiamiento y proyectar continuidad en el tiempo. De este modo, la evaluación deja de ser un procedimiento posterior a la acción cultural y se convierte en una herramienta para hacer visible aquello que la cultura produce en los territorios.

Esta paradoja fue uno de los aprendizajes centrales de la jornada. Los procesos

culturales requieren condiciones para producir valor público, pero con frecuencia deben demostrar ese valor antes de contar con dichas condiciones. Por eso, el fortalecimiento de la cultura como asunto público depende de mejores estructuras: financiamiento pertinente, evaluación compleja, articulación institucional, participación comunitaria y capacidades territoriales. La cultura necesita argumentos, pero también condiciones materiales e institucionales que permitan que esos argumentos se vuelvan acción pública.

4.6 Cultura como infraestructura pública

Vista en perspectiva, la jornada inaugural mostró la complejidad del valor público de la cultura. La cultura apareció simultáneamente como experiencia significativa, herramienta de desarrollo, espacio de participación, fuente de identidad, mecanismo de cohesión social y campo de acción institucional. Su relevancia surgió precisamente de la manera en que estas dimensiones se articulan dentro de la vida territorial.

La jornada dejó instalada una comprensión amplia de la cultura como infraestructura pública. Esta idea permite reunir los distintos elementos trabajados durante el capítulo. La cultura es infraestructura porque sostiene relaciones, memorias, símbolos, lenguajes, espacios de encuentro y formas de pertenencia. Es pública porque esos elementos participan en la construcción de comunidad, ciudadanía y desarrollo territorial. Esta infraestructura adopta formas visibles e invisibles: puede expresarse en un edificio, un teatro o un centro cultural, pero también en una red de gestores, en una memoria compartida, en una práctica comunitaria, en una programación sostenida, en una fiesta local, en una biblioteca defendida por sus usuarios o en una conversación que permite reconocerse como parte de un mismo territorio.

La conferencia de Ángel Mestres permitió observar esa infraestructura desde la experiencia concreta de las comunidades. Las intervenciones

Primera Jornada: Temuco

La cultura como problema público



5. Segunda Jornada: Pucón. Culturas, economías y territorios

La cultura como capacidad de desarrollo territorial

5.1 Abrir la pregunta: cultura, economía y territorio

La segunda jornada del Seminario Araucanía Cultural 2025 se desarrolló en Pucón el 23 de septiembre de 2025 en las dependencias de la Universidad de la Frontera y trasladó la conversación iniciada en Temuco hacia una pregunta complementaria: de qué manera la cultura participa en la construcción del desarrollo territorial y qué capacidades permite activar en los lugares donde se despliega. Si la jornada inaugural había instalado el valor público de la cultura como problema general, Pucón permitió observar cómo ese valor adquiere forma concreta cuando entra en relación con la economía, el turismo, la creatividad, el patrimonio natural, la identidad local y las formas de habitar un territorio.

La elección de Pucón resultó especialmente significativa. La comuna constituye uno de los territorios de mayor intensidad turística, económica y simbólica de La Araucanía. Su proyección nacional e internacional, la presencia del paisaje lacustre y cordillerano, la circulación permanente de visitantes, la presión sobre sus recursos naturales y la diversidad de actores asociados a servicios, patrimonio, naturaleza y cultura convierten a la comuna en un espacio privilegiado para pensar la relación entre cultura y desarrollo. En este territorio, la cultura organiza experiencias, imaginarios, relatos, memorias locales, consumos, formas de encuentro y proyecciones de futuro.

La apertura institucional reforzó esta orientación al situar la jornada dentro de una estrategia más amplia de descentralización del seminario. La realización de encuentros fuera de Temuco fue presentada como una decisión política y territorial: reconocer que La Araucanía se compone de identidades locales, provinciales, ecológicas y culturales diversas. Pucón representó, en ese sentido, la zona lacustre y permitió abrir una conversación situada sobre los vínculos entre cultura, economía, paisaje, creatividad, patrimonio e identidad territorial.

La directora de Extensión Académica y Cultural de la Universidad Católica de Temuco, Amandine Roche, destacó el carácter colaborativo de la jornada y agradeció el rol de la Universidad de La Frontera, Campus Pucón, como institución anfitriona. Su intervención reforzó una idea transversal al seminario: la cultura se construye en alianza, desde los territorios y mediante espacios de

encuentro que permiten pensar colectivamente su valor público.

Desde la SEREMI de las Culturas, las Artes y el Patrimonio de La Araucanía, se situó la jornada en una discusión pública más amplia. Se Subrayó que la cultura, las artes y el patrimonio son identidad, transformación, reflexión, sentido crítico, salud mental, economía y trabajo. Este planteamiento permitió vincular la discusión económica con una defensa más amplia del papel de la cultura en la vida regional. En su lectura, el desarrollo cultural participa en la manera en que los territorios se reconocen, se proyectan y construyen nuevas posibilidades de futuro.

Desde este punto de partida, la jornada de Pucón se articuló alrededor de una pregunta central: cómo puede la cultura contribuir al desarrollo territorial fortaleciendo identidad, creatividad, conocimiento, participación y sostenibilidad. La economía cultural apareció como una dimensión relevante de esta discusión, pero el problema de fondo fue más amplio: comprender bajo qué condiciones las prácticas culturales se transforman en capacidades territoriales.

5.2 Miguel Bolt y lo cultural como contenido de desarrollo sostenible

La conferencia central de la jornada estuvo a cargo de Miguel Bolt Calvón, artista visual y diseñador chileno, director ejecutivo del Festival Reino Fungi. Su ponencia, titulada Lo cultural como contenido de desarrollo sostenible, ocupó un lugar articulador dentro del encuentro. Al igual que Ángel Mestres en la jornada inaugural de Temuco, Bolt funcionó como una voz capaz de ordenar buena parte de las preguntas posteriores de la jornada. Su intervención instaló una tesis relevante: la cultura puede operar como infraestructura habilitante para el desarrollo territorial cuando articula conocimiento, creatividad, redes, identidad y colaboración.

Su trayectoria vinculada al cruce entre arte, ciencia, naturaleza, creatividad y gestión territorial resultaba especialmente pertinente para una conversación sobre culturas, economías y territorios. Reino Fungi aparece como una experiencia situada en Pucón, pero también como una propuesta para pensar nuevas formas de desarrollo desde el sur de Chile. En ese sentido, la conferencia permitió observar cómo una iniciativa cultural puede conectar biodiversidad, investigación científica, educación, turismo, mercado creativo, identidad local y proyección internacional.

Una de las ideas centrales planteadas por Bolt fue la necesidad de construir una “infraestructura no física, sino habilitante”. Esta formulación resulta clave para comprender el sentido de la jornada. La infraestructura cultural también se expresa en redes, metodologías, vínculos, capacidades organizativas, circulación de conocimiento, colaboración entre actores y condiciones para que distintas comunidades accedan a experiencias culturales y científicas de calidad.

Desde esta perspectiva, Reino Fungi se presenta como una plataforma de articulación territorial. Su valor reside en activar relaciones entre personas, saberes, instituciones y sectores productivos. El festival busca democratizar el acceso a la cultura, las artes y el conocimiento científico en un territorio que, pese a su alta visibilidad turística, presenta brechas importantes en infraestructura cultural, espacios de encuentro y continuidad programática para sus habitantes.

Bolt planteó, además, que Pucón necesita construir relatos propios que superen la dependencia de una identidad turística basada únicamente en el paisaje. En un destino tensionado por crisis ambientales, sociales y estructurales, la cultura permite elaborar nuevas formas de comprender el territorio y proyectar sus posibilidades de futuro. La cultura aparece aquí como una herramienta para ampliar la imaginación territorial: permite mirar el paisaje de otra manera, conectar conocimientos dispersos y generar experiencias que vinculan naturaleza, comunidad y creatividad.

La innovación, en esta lectura, adquiere un sentido relacional. Bolt señaló que innovar implica conectar puntos que antes operaban de manera fragmentada y construir un nuevo relato a partir de ellos. Esta idea ordena buena parte del capítulo. La innovación cultural se expresa en la capacidad de vincular saberes, activar redes, abrir preguntas y generar condiciones para que un territorio se piense a sí mismo de manera distinta.

La participación de Reino Fungi en la Expo Osaka, junto con otros hitos de proyección regional, permitió situar a La Araucanía en un escenario internacional como territorio con voz cultural propia. Esta dimensión expresa la capacidad de la región para articular actores, producir contenidos y mostrar que sus paisajes, saberes y prácticas creativas pueden dialogar con agendas globales vinculadas a sostenibilidad, biodiversidad, ciencia y economía creativa.

La entrevista posterior a Miguel Bolt reforzó esta perspectiva al plantear que la sostenibilidad debe entenderse de manera integral. Para el expositor, lo sostenible involucra oficios, saberes culturales, necesidades territoriales, objetivos institucionales y formas de articulación entre quienes trabajan en gestión, creación, educación y política pública. Esta mirada amplía el campo de la sostenibilidad: la sitúa como una pregunta por la coherencia entre lo que un territorio necesita, lo que sus comunidades producen y lo que sus instituciones son capaces de sostener.

5.3 Reino Fungi: innovación territorial desde la ciencia, la naturaleza y la creatividad

La experiencia de Reino Fungi permitió observar una forma de innovación cultural situada en el territorio. El festival nace en Pucón a fines de 2021, a partir de una trayectoria previa de proyectos vinculados al arte, la ciencia,

la tecnología y la naturaleza. Su propuesta se organiza en torno a la funga como eje biológico, simbólico y educativo, abriendo una conversación sobre biodiversidad, regeneración, sostenibilidad y nuevas formas de colaboración.

Los hongos funcionan como una metáfora especialmente fecunda para pensar el desarrollo territorial. Remiten a redes invisibles, colaboración, transformación, descomposición, regeneración y ciclos de vida. En la presentación, esta dimensión apareció con fuerza al vincular el ciclo de vida de los hongos con los ejes curatoriales del festival: micelio, sustrato, cuerpos fructíferos, esporas y descomposición. Cada eje permite construir una narrativa sobre el territorio, sus crisis y sus posibilidades de transformación.

Reino Fungi propone una forma distinta de mirar Pucón y La Araucanía. A través del festival, la naturaleza adquiere valor como fuente de conocimiento, experiencia estética, reflexión científica, educación ambiental y creatividad territorial. Esta operación narrativa resulta especialmente importante en una comuna donde el lago, el volcán y la oferta turística tradicional enfrentan signos de agotamiento y requieren nuevos contenidos culturales.

El festival se organiza en áreas interconectadas: conocimiento, artes, redes, territorio y mercado. Esta estructura permite transformar una energía creativa dispersa en un ecosistema de colaboración. Las actividades incluyen talleres, charlas, exhibiciones, programas educativos, salidas al bosque, circuitos culturales, rondas de negocio, mercado de productos locales, articulación con científicos, participación de artistas y vinculación con emprendimientos creativos. En conjunto, estas acciones muestran que la economía cultural puede construirse desde una relación activa entre saberes, territorio y comunidad.

El componente educativo resulta particularmente relevante. El festival ha trabajado con escuelas públicas de Pucón y busca ampliar en el futuro su vínculo hacia comunas cercanas como Villarrica y Curarrehue. Esta dimensión fortalece la relación entre cultura y formación de nuevas generaciones, mostrando que el desarrollo cultural territorial también se construye mediante acceso al conocimiento, experiencias de aprendizaje y apropiación temprana del territorio.

El Mercado Fungi constituye otro componente significativo. Allí se articulan productos, servicios creativos, bienes culturales, pequeña agricultura familiar campesina, gastronomía, turismo y emprendimientos locales. Según la presentación, una proporción importante de expositores proviene de La Araucanía, lo que permite generar circulación económica regional y fortalecer cadenas locales de valor. El caso de productores que agotaron sus productos durante el primer día del festival ilustra concretamente cómo una experiencia cultural puede dinamizar economías locales y abrir nuevas oportunidades para actores del territorio.

La experiencia también muestra la importancia de conectar sectores productivos. Reino Fungi trabaja con guías turísticos, científicos, artistas, cocineros, productores, instituciones y medios de comunicación. Esa articulación permite

generar relatos gastronómicos, turísticos, científicos y culturales que refuerzan la identidad territorial. La economía cultural aparece, entonces, como un campo de relaciones, circulación de conocimiento, creación de valor y construcción de sentido.

En este punto, Reino Fungi permite distinguir entre evento, industria y ecosistema. Un evento convoca público durante un tiempo acotado. Una industria produce bienes y servicios. Un ecosistema articula actores, conocimientos, instituciones, públicos, financiamiento, territorios y procesos de continuidad. La jornada de Pucón mostró que el desafío contemporáneo consiste en fortalecer ecosistemas culturales capaces de producir valor económico, simbólico, educativo y territorial de manera sostenida.

5.4 Medición, evidencia y legitimidad pública

Uno de los aportes más relevantes de la conferencia de Miguel Bolt fue la discusión sobre medición. En continuidad con los problemas instalados en Temuco, Pucón mostró que la cultura necesita producir evidencia para incidir en políticas públicas, financiamiento e instrumentos de desarrollo. Esta evidencia permite traducir el valor cultural hacia lenguajes institucionales capaces de orientar decisiones, asignar recursos y reconocer sectores productivos emergentes.

Bolt planteó con claridad que aquello que se mide adquiere mayor presencia dentro de la toma de decisiones públicas. Esta afirmación reconoce que la acción pública necesita información para justificar, sostener y proyectar iniciativas. En el campo cultural, los datos fortalecen la posibilidad de mostrar impactos, abrir puertas institucionales y construir políticas acordes con la complejidad del sector.

El caso de Reino Fungi muestra un esfuerzo sistemático por producir información sobre asistencia, procedencia, género, gasto promedio, impacto económico, redes productivas y participación territorial. La presentación destacó cifras relevantes: alrededor de 10.000 asistentes, 70 expositores en el Mercado Fungi, 150 profesionales en espacios de networking, 14 salidas al bosque y más de 300 participantes en actividades de terreno. También se señaló que una parte significativa de los asistentes provenía de Pucón y de La Araucanía, dato que refuerza el arraigo territorial del festival y su capacidad de convocar públicos locales y regionales.

La información sobre procedencia de visitantes permitió, además, vincular el festival con estrategias de turismo cultural. La presencia de asistentes de otras regiones muestra que una experiencia cultural situada puede atraer visitantes, generar pernoctaciones, activar servicios locales y contribuir a diversificar la oferta turística. El valor de estos datos aumenta cuando se interpretan junto con otras dimensiones: identidad local, apropiación comunitaria, redes de colaboración, educación ambiental y proyección creativa.

La medición aparece aquí como una herramienta de legitimidad pública. Permite mostrar que los proyectos culturales producen experiencias simbólicas, pero también empleo creativo, circulación de servicios, redes productivas, gasto local, aprendizaje y nuevas posibilidades de articulación institucional. Su potencia está en combinar datos cuantitativos con lectura cualitativa del territorio. Contar asistentes resulta útil; comprender qué relaciones se activan a partir de esa asistencia resulta decisivo.

La entrevista a Silvana Ayala, encargada de la Unidad de Ciudadanía Cultural de la Seremi de las Culturas, las Artes y el Patrimonio permite profundizar esta discusión. Su planteamiento apunta a una debilidad estructural del sistema público: las políticas suelen evaluarse mediante indicadores presupuestarios, mientras dimensiones como cohesión social, rentabilidad social e incluso de la estrategia quinquenal ex post encuentran menor espacio en los sistemas formales de evaluación. Esta observación dialoga directamente con la pregunta por el valor público de la cultura. La cultura requiere instrumentos capaces de observar inversión, cobertura y ejecución, pero también vínculos, identidad, bienestar, confianza y capacidades instaladas.

La articulación con la Mesa Araucanía de Economía Creativa (MAEC) fue presentada como un elemento estratégico para incidir en la toma de decisiones y avanzar en el reconocimiento de las economías creativas como sector productivo dentro de la estrategia regional de desarrollo hacia 2040. Este avance permite proyectar instrumentos de fomento, programas y financiamientos específicos para el sector cultural y creativo.

En este sentido, la medición forma parte de la disputa por legitimidad de los procesos culturales. Permite hacer visible lo que la cultura produce, dialogar con instituciones, fortalecer redes y construir argumentos para que las experiencias culturales puedan sostenerse más allá de voluntades individuales o financiamientos anuales.

5.5 De los eventos a los procesos: redes, gobernanza y continuidad

La jornada de Pucón permitió discutir una tensión central de la gestión cultural: la diferencia entre organizar eventos y sostener procesos. Esta distinción resulta clave para comprender el aporte de Reino Fungi y de las experiencias presentadas posteriormente en la mesa de conversación.

En el diálogo con el público, Miguel Bolt señaló que el desafío del festival es avanzar hacia un programa anual capaz de sostener residencias, vínculos con universidades, redes de artistas, procesos formativos, circulación de contenidos e internacionalización de creadores locales. Esta proyección muestra una preocupación por la continuidad: el festival busca convertirse en una plataforma estable para el fortalecimiento del ecosistema creativo territorial.

Cuando la cultura se organiza como proceso, requiere planificación de mediano

plazo, financiamiento flexible, línea base territorial, seguimiento de redes, formación, investigación, mediación y gobernanza colaborativa. Esta perspectiva permite superar la dependencia de ciclos anuales de financiamiento y orientar los esfuerzos hacia la construcción de capacidades duraderas.

La creación de la Red de Territorio Creativo de Pucón, proyectada junto con la MAEC, la Municipalidad de Pucón, la Universidad de La Frontera, la Red Nacional de Territorios Creativos y otros actores, aparece como un paso relevante en esa dirección. Su propósito de cartografiar actores, identificar iniciativas, reconocer articulaciones y producir información territorial apunta directamente a fortalecer la planificación cultural y creativa de la zona lacustre.

La gobernanza cultural aparece aquí como una condición de sostenibilidad. Los proyectos culturales adquieren mayor capacidad de incidencia cuando logran conectar sociedad civil, instituciones públicas, universidades, municipios, sector privado, organizaciones comunitarias y redes creativas. Esta articulación permite transformar una experiencia puntual en una plataforma para políticas públicas regionales.

Pucón mostró, por tanto, que la economía cultural territorial necesita estructuras de colaboración. La cultura produce valor cuando dispone de redes que permiten sostener procesos, circular conocimientos, ampliar oportunidades y construir decisiones compartidas. La gobernanza forma parte del propio valor público de la cultura.

5.6 Trayectorias complementarias: Frutillar, Castro y Oficios Creativos

La mesa de conversación posterior a la conferencia permitió ampliar la mirada mediante experiencias provenientes de Frutillar, Castro y la Universidad Católica de Temuco. Estas intervenciones funcionaron como contrapuntos que enriquecieron la discusión sobre cultura, economía y territorio desde trayectorias distintas. Reino Fungi instaló la pregunta por la innovación territorial; Frutillar mostró la fuerza de la continuidad institucional; Castro evidenció la potencia del patrimonio vivo y la gestión municipal-comunitaria; Oficios Creativos proyectó la discusión hacia la formación, la cultura material y el futuro del trabajo creativo.

La participación de María Isabel Helke, gerenta general de la Corporación Cultural Semanas Musicales de Frutillar, permitió observar la importancia de la continuidad institucional. Semanas Musicales nace en 1968 y se ha consolidado como una de las experiencias culturales más relevantes del país. Su trayectoria ha contribuido a posicionar a Frutillar como una ciudad donde la música forma parte de la identidad local, de la economía comunal, de la formación artística y de la proyección internacional del territorio.

Frutillar muestra cómo una práctica cultural sostenida durante décadas puede transformar la imagen, la vida urbana y la economía de una comuna.

La experiencia se extiende durante el año mediante actividades formativas, conciertos de extensión, trabajo con escuelas rurales, alianzas institucionales y circulación de artistas. Las cifras presentadas permiten dimensionar su escala: más de 28 conciertos en ocho días, más de 600 músicos, una inversión superior a 250 millones de pesos y cerca de 12.000 asistentes en una comuna de aproximadamente 17.000 habitantes. En este caso, la cultura aparece como trayectoria, institucionalidad, formación de públicos y capital simbólico acumulado.

La entrevista a María Isabel Helke refuerza esta lectura al destacar que la cultura genera lazos, puentes y trabajo colaborativo entre comunidad, municipalidad, colegios y escuelas. Su énfasis en los conciertos de extensión y en las clases de perfeccionamiento en escuelas rurales permite comprender que la continuidad cultural también se juega en el acceso territorial y en la formación de públicos diversos.

La experiencia de Castro, presentada por Paula Delgado Garay, directora de Cultura y Turismo de la Municipalidad de Castro, introdujo otra forma de economía cultural territorial. La Feria de la Biodiversidad y el Festival Costumbrista Chilote se articulan en torno al patrimonio vivo, las faenas campesinas, la gastronomía tradicional, la artesanía, la biodiversidad, los oficios y la memoria comunitaria. A diferencia de Frutillar, donde la música clásica estructura la identidad cultural de la experiencia, Castro trabaja desde prácticas tradicionales profundamente vinculadas con la vida cotidiana del archipiélago.

El caso de Castro permite observar la relación entre cultura municipal, organización comunitaria y economía local. Las juntas de vecinos, organizaciones civiles, bomberos, artesanos, cultores, productores y comunidades participan en una actividad que convoca a decenas de miles de personas y genera un impacto económico significativo. La presentación mostró que estas festividades producen circulación económica en gastronomía, alojamiento, comercio, servicios y turismo, pero también cumplen una función de transmisión intergeneracional: resguardar prácticas, mostrar faenas, transmitir saberes y fortalecer la identidad chilota.

La entrevista a Paula Delgado entrega una clave especialmente importante: la municipalidad opera como eje de gestión, pero quienes dan vida a la actividad son las comunidades, artesanos, expositores, productores, cocineros y organizaciones de base. Esta idea permite comprender el valor público de la experiencia. La institucionalidad organiza, coordina y financia; la comunidad sostiene el sentido, el contenido y la continuidad cultural del proceso.

La intervención de Sibylle Von Baer, jefa de carrera de Oficios Creativos de la Universidad Católica de Temuco, abrió una tercera dimensión: la formación como infraestructura cultural. Su presentación mostró cómo los oficios, la cultura material y el trabajo con materias primas locales pueden transformarse en un campo de innovación, aprendizaje y desarrollo territorial. La carrera de Oficios Creativos aparece como una experiencia inédita en Chile, situada en La Araucanía, que busca formar creadores capaces de dominar materiales,

técnicas, relato y emprendimiento.

El ejemplo del caolín en Astintúe resultó especialmente significativo. La investigación sobre una materia prima local permitió vincular territorio, historia, comunidad, memoria industrial, diseño, cerámica y aprendizaje estudiantil. La anécdota de los habitantes que descubren que la “tierra blanca” bajo sus pies estaba conectada con objetos cotidianos de loza evidencia el poder de la cultura material para revelar relaciones invisibles entre territorio, objetos y memoria. Del mismo modo, la maderoteca, las salidas a terreno, la activación del ex Liceo de Niñas y la fabricación de mobiliario por estudiantes muestran que la formación creativa puede fortalecer capacidades locales y abrir nuevas formas de relación entre academia, ciudad y comunidad, así como también resignificar territorios.

La entrevista a Sibylle Von Baer sintetiza este enfoque al plantear que los oficios se relacionan con territorio, cultura y sociedad, y que La Araucanía puede ser comprendida como un mosaico cultural. Esta imagen resulta especialmente pertinente para el capítulo: la cultura material permite conectar tradición, innovación, formación, identidad y futuro.

Tabla 6: Capacidades territoriales observadas en las experiencias presentadas en Pucón

Experiencia	Principal aporte cultural	Capacidad territorial fortalecida	Proyección para el desarrollo
Reino Fungi, Pucón	Articulación entre arte, ciencia, biodiversidad, educación y economías creativas.	Innovación territorial y redes colaborativas.	Diversificación económica, posicionamiento territorial y circulación de conocimiento.
Semanas Musicales de Frutillar	Continuidad institucional, formación de públicos y trayectoria musical.	Capital cultural acumulado e identidad territorial.	Proyección internacional, educación artística y sostenibilidad cultural de largo plazo.
Feria de la Biodiversidad y Festival Costumbrista Chilote, Castro	Patrimonio vivo, gastronomía, oficios, faenas y saberes tradicionales.	Cohesión comunitaria y transmisión intergeneracional.	Fortalecimiento de economías locales vinculadas a identidad cultural y turismo patrimonial.
Oficios Creativos UCT	Formación en cultura material, diseño situado y trabajo con materias primas locales.	Capacidades creativas, técnicas y territoriales.	Innovación basada en oficios, emprendimiento, investigación material y desarrollo local.

Fuente: Elaboración propia a partir de la conferencia, mesa de conversación y entrevistas de la Jornada Pucón del Seminario Araucanía Cultural 2025.

La tabla permite observar que las experiencias presentadas responden a trayectorias distintas, pero comparten una orientación común: fortalecen capacidades territoriales. Cada caso activa un tipo específico de relación entre cultura y desarrollo. Reino Fungi conecta ciencia, naturaleza y creatividad; Frutillar consolida una trayectoria institucional de largo plazo; Castro sostiene patrimonio vivo mediante gestión municipal-comunitaria; Oficios Creativos proyecta la formación cultural hacia el trabajo material, el diseño y la innovación situada.

5.7 Participación, interculturalidad y sostenibilidad: preguntas críticas desde el público

Uno de los momentos más relevantes de la jornada surgió durante el diálogo con el público. Las preguntas permitieron tensionar las experiencias presentadas y abrir dimensiones centrales para cualquier discusión sobre desarrollo cultural territorial: interculturalidad, participación comunitaria, política pública, sostenibilidad ambiental y economía circular.

La pregunta sobre la relación de Reino Fungi con la cosmovisión mapuche y los saberes asociados a los hongos fue particularmente significativa. Una participante señaló que no veía con claridad la presencia de estos elementos en la propuesta del festival, pese a la relevancia de conocimientos vinculados a recolectores, digüñes, pinatras y prácticas territoriales mapuche. La respuesta de Miguel Bolt abrió una reflexión compleja. Reconoció la existencia de vínculos con agrupaciones y comunidades, pero señaló que el festival ha decidido esperar la construcción de un proceso suficientemente consistente antes de transformar esos contenidos en relato público, cuidando la coherencia y evitando formas de apropiación cultural o colonialismo simbólico.

Este intercambio fue uno de los momentos analíticamente más importantes de la jornada. La interculturalidad apareció como un proceso en construcción que requiere relaciones sostenidas, participación efectiva y reconocimiento mutuo. En La Araucanía, incorporar saberes mapuche en iniciativas culturales exige procesos de confianza y mecanismos de control comunitario sobre los relatos. La visibilización cultural requiere cuidado político y ético: los símbolos, memorias y conocimientos territoriales adquieren sentido público cuando las comunidades participan en su definición, circulación y proyección.

Otra pregunta del público abordó la relación entre proyectos culturales y política pública. La respuesta de Bolt permitió observar el trabajo educativo que muchas iniciativas deben realizar frente a la institucionalidad: explicar sus objetivos, demostrar su pertinencia, mostrar resultados y construir alianzas con municipios, servicios públicos, gobiernos regionales y redes sectoriales. Esta discusión mostró que las iniciativas culturales abren camino institucional, crean lenguaje común y ayudan a ampliar el marco de lo posible en las políticas públicas.

La pregunta sobre participación comunitaria permitió tensionar las experiencias de la mesa. Se consultó por los grados reales de incidencia de las comunidades en el diseño y conducción de los proyectos. Las respuestas de Castro y Frutillar mostraron distintos avances y desafíos: planes municipales de cultura, mesas sectoriales, trabajo con organizaciones, vínculos con artesanos, apertura de espacios y colaboración con actores locales. El intercambio permitió reconocer que la participación comunitaria exige mecanismos concretos, continuidad y disposición a revisar las formas tradicionales de gestión.

La entrevista a Miguel Bolt refuerza esta dimensión al plantear que la participación ciudadana debe ser entendida como punto de partida en el diseño de políticas, planificaciones y contenidos culturales. Esta idea permite conectar la jornada de Pucón con la discusión más amplia del valor público: una cultura con incidencia territorial se construye desde las necesidades, voces y capacidades de las comunidades, no solo desde la oferta cultural disponible.

Finalmente, la pregunta sobre economía circular, huella de carbono, huella hídrica y efectos ambientales de las actividades culturales introdujo una dimensión clave para los territorios turísticos. La respuesta de Castro permitió observar avances en reciclaje, manejo de residuos, sustitución de plásticos, recolección de aceites y educación ambiental. Esta discusión mostró que la relación entre cultura y desarrollo territorial debe incorporar criterios de sostenibilidad ambiental. Los eventos culturales generan beneficios, movilizan flujos de personas, activan consumos y producen impactos territoriales que requieren planificación, gestión y evaluación.

El diálogo con el público permitió que la jornada avanzara desde la presentación de experiencias hacia una conversación crítica sobre las condiciones del desarrollo cultural. Las preguntas introdujeron los puntos más sensibles: quién participa, quién decide, qué saberes se reconocen, cómo se distribuyen los beneficios, cómo se mide el impacto y cómo se cuida el territorio que hace posible la experiencia cultural.

5.8 Tensiones del desarrollo cultural territorial

Las discusiones desarrolladas en Pucón permitieron identificar un conjunto de tensiones propias de la relación entre cultura, economía y territorio. Estas tensiones expresan desafíos de gestión, legitimidad, participación, sostenibilidad e interculturalidad. Su lectura conjunta permite observar que el desarrollo cultural territorial requiere articular creatividad, identidad, conocimiento, gobernanza y cuidado.

Tabla 7: Tensiones identificadas en la relación entre cultura y desarrollo territorial

Dimensión	Potencial observado	Tensión emergente	Desafío estratégico
Turismo cultural	Diversificación de la oferta, atracción de visitantes y generación de nuevos relatos territoriales.	Estacionalidad, consumo rápido de experiencias y presión sobre territorios de alta demanda turística.	Construir experiencias con arraigo territorial, continuidad programática y criterios de sostenibilidad.
Patrimonio e identidad	Fortalecimiento del sentido de pertenencia, transmisión de memorias y valoración de prácticas locales.	Folclorización, simplificación cultural y uso superficial de identidades locales.	Promover participación comunitaria activa y control territorial sobre los relatos culturales.
Innovación cultural	Articulación entre arte, ciencia, biodiversidad, educación y economías creativas.	Fragmentación institucional, financiamiento discontinuo y baja conexión entre sectores.	Consolidar ecosistemas creativos sostenibles, con redes, gobernanza y planificación de mediano plazo.
Interculturalidad	Incorporación de múltiples voces, memorias y saberes territoriales.	Representación insuficiente, apropiación simbólica y relatos contruidos sin procesos comunitarios sólidos.	Desarrollar mecanismos de participación efectiva, confianza y gobernanza cultural pertinente.
Economía creativa	Generación de empleo, circulación económica y fortalecimiento de cadenas locales de valor.	Precarización laboral, dependencia de proyectos y falta de instrumentos estables.	Fortalecer políticas públicas, financiamiento pertinente y reconocimiento institucional del sector creativo.
Medición y legitimidad	Producción de datos sobre asistencia, procedencia, gasto, redes e impacto.	Predominio de indicadores económicos frente a impactos sociales, culturales y comunitarios más complejos.	Integrar evaluación cuantitativa, análisis cualitativo, cohesión social y capacidades instaladas.
Formación y cultura material	Desarrollo de oficios, investigación material y capacidades creativas situadas.	Separación entre academia, territorio, saberes artesanales y mercados creativos.	Fortalecer modelos formativos bidireccionales, conectados con comunidades, materiales locales y emprendimiento.
Sostenibilidad ambiental	Incorporación de reciclaje, educación ambiental y nuevas relaciones entre cultura y naturaleza.	Residuos, consumo energético, huella ambiental y presión turística.	Integrar criterios ecológicos en la planificación, producción y evaluación cultural.

Fuente: Elaboración propia a partir de la sistematización de la Jornada Pucón del Seminario Araucanía Cultural 2025.

La tabla permite observar que la jornada de Pucón amplió la discusión sobre cultura y economía hacia un campo más complejo: el desarrollo cultural territorial. Las experiencias presentadas muestran que la cultura genera circulación económica, produce relatos, fortalece identidades, moviliza conocimiento, activa redes de colaboración y abre nuevas posibilidades de innovación.

Las tensiones identificadas expresan desafíos permanentes de la gestión cultural contemporánea. El desarrollo cultural territorial requiere equilibrar visibilidad e incidencia, economía y pertinencia, innovación y memoria, medición y complejidad, participación y gobernanza. En ese equilibrio se juega la posibilidad de construir economías culturales que fortalezcan a los territorios desde sus propias capacidades.

5.9 Cultura como infraestructura de desarrollo situado

La jornada de Pucón deja uno de los aportes más relevantes del seminario al mostrar que la cultura puede operar como infraestructura de desarrollo situado. Esta idea se expresa en la capacidad de la cultura para articular redes, activar economías locales, producir relatos compartidos, conectar saberes, fortalecer identidades y abrir posibilidades de futuro.

El aprendizaje central de la jornada consiste en comprender qué tipo de economía cultural se está construyendo, quién participa de sus beneficios, qué relatos se fortalecen, qué comunidades inciden en las decisiones y qué capacidades quedan instaladas una vez finalizada la actividad visible. Pucón permitió observar que la cultura aporta al desarrollo territorial cuando fortalece vínculos entre actores, genera conocimiento situado, produce identidad compartida y activa formas de colaboración entre comunidad, instituciones y sectores productivos.

Reino Fungi mostró una vía posible de innovación territorial basada en ciencia, arte, naturaleza y creatividad. Frutillar permitió reconocer la fuerza de las trayectorias culturales sostenidas y de la institucionalidad de largo plazo. Castro evidenció la importancia del patrimonio vivo, la gestión municipal-comunitaria y la transmisión intergeneracional. Oficios Creativos introdujo la formación, la cultura material y el hacer situado como dimensiones fundamentales del desarrollo cultural. El diálogo con el público, por su parte, recordó que toda economía cultural requiere preguntas constantes sobre participación, interculturalidad, sostenibilidad y legitimidad.

En conjunto, estas experiencias permiten afirmar que la cultura participa en el desarrollo territorial cuando genera capacidades colectivas. Su aporte se expresa en economías locales, pero también en memorias compartidas, redes de confianza, nuevos relatos, aprendizajes, innovación y formas de organización. La cultura contribuye a que los territorios puedan reconocerse, imaginar alternativas y proyectar futuros propios.

La jornada de Pucón dialoga directamente con la conversación iniciada en Temuco. Si la primera jornada permitió comprender la cultura como problema público y como infraestructura de vínculos, Pucón mostró cómo ese valor público puede activarse en procesos de desarrollo territorial. La cultura se vuelve capacidad cuando transforma recursos dispersos en proyectos compartidos, cuando convierte memorias en relatos de futuro, cuando conecta instituciones con comunidades y cuando permite que un territorio imagine nuevas formas de sostener su vida común.

La pregunta que queda abierta —y que conecta con el conjunto del seminario— es:

¿Cómo fortalecer economías culturales capaces de generar desarrollo territorial, ampliar capacidades comunitarias y sostener la diversidad cultural, natural y simbólica que da sentido a los territorios?

Segunda Jornada: Pucón

Culturas, economías y territorios



6. Tercera Jornada: Carahue. Cultura, bienestar, memoria y comunidad

La cultura como práctica de cuidado de la vida común

6.1 Abrir la pregunta: bienestar, memoria y vida comunitaria

La jornada territorial desarrollada en el Centro Cultural de Carahue el 30 de septiembre de 2025 introdujo un giro relevante dentro del Seminario Araucanía Cultural 2025. Si la jornada inaugural de Temuco permitió instalar la cultura como problema público y Pucón abrió la discusión sobre su relación con el desarrollo territorial, la economía creativa y la innovación, Carahue desplazó el foco hacia una dimensión más cotidiana y relacional del valor público de la cultura: su capacidad para fortalecer vínculos, confianza, memoria, reconocimiento y formas de vida compartida.

Este desplazamiento resulta especialmente importante porque permite observar la cultura desde la escala de la experiencia social concreta. En Carahue, la pregunta por el valor público se situó en aquello que sostiene la vida común: la escucha, la pertenencia, el cuidado, la participación, la transmisión de saberes y la posibilidad de reconstruir tejido social en territorios marcados por transformaciones sociales, económicas, culturales y ambientales.

La localización de la jornada en la costa de La Araucanía entregó una clave territorial fundamental. Carahue forma parte de un espacio regional con fuertes atributos culturales, patrimoniales, comunitarios y socioambientales, pero que históricamente ha ocupado una posición menos central dentro de las conversaciones institucionales sobre cultura. La realización del seminario en este territorio permitió reforzar el principio de descentralización que atraviesa la versión 2025: pensar la cultura desde distintas zonas de La Araucanía y reconocer que cada territorio produce preguntas propias sobre identidad, bienestar, participación y desarrollo.

La jornada se organizó en dos momentos principales. Primero, la conferencia inaugural de Malucha Pinto, actriz, dramaturga y referente nacional del teatro comunitario, quien presentó una reflexión sobre el teatro como herramienta de transformación social, memoria y reconstrucción del tejido comunitario. Luego, una mesa de conversación titulada “Cultura, bienestar e innovación social”, moderada por Amandine Roche, Directora de Extensión Académica y Cultural de la Universidad Católica de Temuco, geógrafa y Magíster en Psicología Comunitaria, cuya trayectoria se vincula con la gestión cultural, el desarrollo

local, la participación y el trabajo colaborativo con territorios.

La mesa reunió experiencias provenientes de distintos campos de acción pública y comunitaria. Participó Juan Hausheer, nutricionista y encargado de promoción del CESFAM Fundo El Carmen, con trayectoria en salud familiar, agricultura orgánica, huertos agroecológicos y saberes alimentarios. También intervino Graciela Parra Pinchera, trabajadora social y analista social del Programa Quiero Mi Barrio, con experiencia en procesos de participación territorial, apropiación del espacio público y fortalecimiento comunitario. Finalmente, participó Domingo Oñate Vásquez, coordinador de educación intercultural en contexto mapuche del Servicio Local de Educación Pública Costa Araucanía, cuya labor se orienta al diálogo intercultural, la educación pública, la lengua, la cultura mapuche y la vinculación escuela-comunidad.

Aunque las experiencias provenían de ámbitos distintos —teatro comunitario, salud, vivienda, barrio, educación e interculturalidad— todas convergieron en una preocupación común: cómo fortalecer vínculos sociales, confianza y bienestar comunitario desde prácticas culturales situadas. Esta convergencia permitió comprender que la cultura atraviesa dimensiones que las políticas públicas suelen tratar por separado. En Carahue, cultura, salud, educación, espacio público, memoria y comunidad aparecieron como partes de una misma conversación sobre la vida en común.

Desde este punto emergió la pregunta que orienta el capítulo: ¿cómo contribuye la cultura a sostener vínculos, reconocimiento y bienestar comunitario en territorios que requieren fortalecer sus capacidades para cuidar y proyectar la vida común?

6.2 Malucha Pinto: teatro, memoria y reconstrucción del tejido social

La conferencia de Malucha Pinto estableció el marco interpretativo de toda la jornada. Su intervención propuso una comprensión del teatro y de la práctica artística como herramientas para fortalecer vínculos, activar memorias y contribuir a la reconstrucción del tejido social. Más que centrarse en la obra artística como resultado final, su exposición puso el énfasis en los procesos de encuentro, escucha y creación colectiva que permiten a las comunidades reconocerse en sus propias historias.

A partir de su experiencia en Fundación Aracataca, Malucha Pinto presentó una metodología de trabajo basada en la conversación, la observación y la construcción de confianza desde el trabajo artístico. El punto de partida consiste en acercarse a los territorios para escuchar a las personas, conocer sus relatos, reconocer sus saberes y comprender las formas en que las comunidades interpretan su propia experiencia. Esta aproximación transforma la práctica artística en una herramienta de mediación social capaz de conectar trayectorias individuales con memorias compartidas.

Un elemento especialmente significativo de su conferencia fue la centralidad otorgada a la escucha. No se trata únicamente de recoger información o identificar necesidades, sino de construir una relación con el territorio. La escucha aparece como una disposición que permite reconocer aquello que permanece vivo en las comunidades y que muchas veces no encuentra espacios para expresarse públicamente. En este contexto, la cultura adquiere un papel articulador, ya que permite transformar experiencias dispersas en relatos compartidos y fortalecer la capacidad de las personas para reconocerse mutuamente.

La memoria ocupó un lugar central en esta reflexión. A través de objetos, fotografías, historias familiares y recuerdos vinculados al territorio, las personas pueden reconstruir relatos que conectan experiencias individuales con procesos colectivos. La experiencia del “árbol de la memoria”, presentada durante la conferencia, ilustra cómo recuerdos aparentemente personales pueden transformarse en patrimonio comunitario cuando son compartidos y reconocidos por otros.

Esta práctica se relaciona directamente con una de las preocupaciones centrales expresadas por la expositora: la necesidad de contribuir a la reconstrucción y recomposición de un tejido social que se ha visto debilitado por distintas transformaciones sociales, culturales e institucionales. Desde esta perspectiva, el arte no aparece únicamente como una forma de expresión, sino también como una herramienta para fortalecer vínculos, recuperar confianzas y generar espacios de encuentro.

La propia Malucha Pinto sintetizó esta visión al señalar que “la cultura abraza, la cultura teje, la cultura conecta con las raíces profundas de una comunidad”, destacando el papel que desempeña en la construcción de pertenencia, memoria y reconocimiento colectivo.

En Carahue, su intervención cumplió una función semejante a la que tuvieron Ángel Mestres en Temuco y Miguel Bolt en Pucón: instalar una clave de lectura para la jornada. En este caso, la pregunta ya no se organizó principalmente en torno al desarrollo territorial o al valor público de la cultura, sino en torno a las condiciones que permiten sostener la vida comunitaria a través de la memoria, la participación, el cuidado y el reconocimiento mutuo.

6.3 Memoria, reconocimiento y construcción de sentido compartido

La jornada de Carahue permitió observar que la memoria constituye una práctica de reconocimiento y construcción de sentido compartido. Las experiencias presentadas mostraron que las personas fortalecen sus vínculos con el territorio cuando pueden reconocer sus historias, saberes, trayectorias y formas de vida como parte de un relato colectivo. Desde esta perspectiva, la cultura opera como un espacio donde las memorias individuales adquieren significado público y donde las comunidades pueden verse reflejadas en sus

propias narrativas.

La escucha aparece aquí como una práctica central de la gestión cultural comunitaria. En la conferencia de Malucha Pinto, escuchar significó sentarse con las personas, conocer sus historias, compartir la vida cotidiana y permitir que los relatos emerjan desde espacios de confianza. Esta forma de escucha posee una densidad política: habilita a las comunidades para nombrar sus propias experiencias y participar en la construcción del sentido público de sus memorias.

La memoria, en este contexto, aparece como una práctica viva. Activa relatos capaces de fortalecer identidad, pertenencia y reconocimiento. Las memorias barriales, familiares, territoriales e intergeneracionales permiten que las personas se ubiquen dentro de una historia común. Cuando una comunidad comparte sus recuerdos, también reconstruye los vínculos que la sostienen.

La creación colectiva cumple una función articuladora. Los talleres de teatro, música, cocina, textil, muralismo, memoria u otros lenguajes artísticos permiten transformar relatos individuales en experiencia pública. El proceso creativo genera un espacio donde las personas pueden expresar, escuchar, interpretar y representar aquello que han vivido. Esa operación convierte la cultura en una práctica de reconocimiento mutuo.

El reconocimiento atraviesa toda la jornada. En Malucha Pinto aparece como posibilidad de que una comunidad se vea representada en sus propias historias. En Juan Hausheer se expresa en la valoración de los saberes cotidianos vinculados a la salud, los huertos y las hierbas medicinales. En Graciela Parra se manifiesta en la identificación de capacidades barriales que ya existen y que pueden fortalecerse mediante procesos participativos. En Domingo Oñate adquiere una dimensión intercultural, asociada al reconocimiento de la lengua, la cosmovisión, el territorio y los saberes mapuche dentro de los espacios educativos.

Esta comprensión dialoga directamente con la pregunta por el bienestar. En Carahue, el bienestar apareció como una experiencia relacional. Estar bien implica tener vínculos, pertenecer a una comunidad, reconocerse en una historia, contar con espacios de expresión y participar en prácticas que permiten elaborar colectivamente lo vivido. La cultura contribuye a ese bienestar porque ofrece lenguajes, escenas, rituales y procesos para hacer visible lo que una comunidad sabe, siente y recuerda.

Desde esta perspectiva, la cultura opera como práctica de cuidado de la vida común. Su fuerza reside en generar condiciones para que las personas se encuentren, conversen, recuerden, creen y se reconozcan. Ese cuidado está hecho de confianza, tiempo, mediación, presencia territorial, continuidad y participación. Allí se juega buena parte de su valor público.

La conversación posterior a la conferencia reforzó esta idea. Las preguntas del público abordaron los procesos de memoria, los vínculos entre jóvenes

y adultos, la relación entre cultura y territorio, y los desafíos actuales del trabajo comunitario. La reflexión de Malucha Pinto insistió en la necesidad de recuperar escalas humanas de encuentro: la conversación, el cuerpo, el juego, la mirada y la experiencia compartida. Esa invitación plantea una crítica a las formas impersonales, centralizadas y abstractas de intervención, y permite comprender la cultura como una vía para volver a construir comunidad desde la presencia y el reconocimiento mutuo.

6.4 Bienestar relacional: salud, huertos y saberes cotidianos

La intervención de Juan Hausheer amplió la discusión hacia el campo de la salud comunitaria. Desde su experiencia en promoción de salud del CESFAM Fundo El Carmen, planteó una comprensión integral de la persona, vinculada con el cuerpo, la familia, el entorno, la espiritualidad, la cultura y la comunidad. Su aporte permitió trasladar la conversación desde el teatro comunitario hacia las prácticas cotidianas del cuidado.

El bienestar, desde esta perspectiva, se construye en relación. La salud se expresa en la atención clínica, pero también en las formas en que las personas se alimentan, cultivan, conversan, caminan, comparten saberes, reconocen hierbas medicinales y recuperan prácticas transmitidas por sus familias. Los huertos comunitarios y escolares, el uso de plantas medicinales, la preparación de alimentos tradicionales y la conversación en torno a la mesa aparecen como prácticas culturales de bienestar.

La experiencia de los huertos permitió observar cómo una política de promoción de salud puede dialogar con saberes territoriales. El trabajo con niños, personas mayores, mujeres, comunidades rurales y organizaciones locales activa aprendizajes que combinan alimentación, medioambiente, salud mental, memoria y participación. Sembrar, cuidar, cosechar y preparar alimentos son acciones prácticas, pero también simbólicas: enseñan responsabilidad, paciencia, cooperación, apego al territorio y reconocimiento de los ciclos de la vida.

Juan Hausheer destacó la importancia de rescatar saberes que históricamente han estado presentes en las familias: el uso de hierbas medicinales, las preparaciones caseras, los árboles frutales, los huertos en las casas, la recolección de ingredientes y la transmisión de conocimientos entre generaciones. En esa recuperación se expresa una forma de bienestar cultural. La salud se vuelve más pertinente cuando reconoce lo que las comunidades ya saben y practican.

Esta mirada también introduce una crítica al modelo tradicional de salud. Los equipos profesionales enfrentan el desafío de comprender cómo cada comunidad entiende la enfermedad, el cuidado, el cuerpo, la alimentación y la sanación. La competencia cultural en salud aparece como una necesidad institucional: los profesionales requieren habilidades para trabajar con familias y comunidades desde sus contextos culturales, lingüísticos, económicos y

territoriales.

La cultura, en esta dimensión, fortalece el vínculo entre salud y vida cotidiana. Permite que las políticas de promoción de salud salgan del lenguaje exclusivamente técnico y se conecten con prácticas significativas para las personas. El bienestar relacional se construye cuando los equipos institucionales reconocen los saberes locales y cuando las comunidades participan activamente en la producción de sus propias condiciones de cuidado.

Las reflexiones de Juan Hausheer dialogan con la idea planteada por Malucha Pinto respecto de la importancia de reconocer prácticas cotidianas capaces de sostener vínculos, cuidado y sentido de pertenencia. Si su experiencia permitió observar cómo el bienestar se construye desde el cuidado y los saberes locales, la intervención de Graciela Parra trasladó esa discusión hacia una escala colectiva, mostrando cómo la confianza, la participación y la apropiación territorial también forman parte de las condiciones que sostienen la vida comunitaria.

6.5 Confianza social, participación y construcción de comunidad

La participación de Graciela Parra Pinchera permitió llevar la discusión hacia el barrio, el espacio público y la confianza social. Desde el Programa Quiero Mi Barrio, su intervención mostró que la cultura puede ser una herramienta fundamental para activar procesos de apropiación territorial, organización vecinal y corresponsabilidad comunitaria.

El Programa Quiero Mi Barrio busca mejorar la calidad de vida en territorios urbanos mediante una combinación de obra física y proceso social. La intervención de Graciela permitió comprender que la obra cobra sentido cuando se construye desde la comunidad. Una plaza, una sede, una huerta, una ruta peatonal o un espacio común requieren pertinencia territorial para ser usados, cuidados y reconocidos como propios. Esa pertinencia se produce mediante observación, escucha activa, participación y trabajo horizontal.

Uno de los aportes más relevantes de Graciela fue destacar que los equipos territoriales trabajan desde dentro del barrio. La casa barrial u oficina territorial se ubica en el mismo sector donde se desarrolla el programa. Esa presencia cotidiana permite conocer a los vecinos desde otra relación, distinta a la distancia habitual entre institución y usuario. La confianza se construye en esa convivencia diaria: en los recorridos barriales, en los talleres, en las conversaciones, en el reconocimiento de liderazgos y en la identificación de prácticas comunes.

El Plan de Confianza Social aparece como un dispositivo especialmente significativo. A partir de la observación de prácticas existentes —huertos familiares, plantas ornamentales, uso de hierbas medicinales, cuidados, memorias intergeneracionales y formas de organización vecinal— el programa

propone acciones que permiten reunir a la comunidad en torno a intereses compartidos.

Una de las particularidades de la jornada fue que la innovación social apareció asociada menos a la incorporación de herramientas nuevas y más a la capacidad de recuperar prácticas comunitarias que habían perdido visibilidad. La memoria colectiva, los huertos, los saberes territoriales, las formas de organización barrial y los espacios de encuentro fueron presentados como recursos existentes que pueden reorganizarse para responder a desafíos contemporáneos. Innovar, en este contexto, implica reconocer, revitalizar y proyectar capacidades que ya están presentes en las comunidades.

La experiencia de los huertos comunitarios, talleres de plantas ornamentales, herboterapia, recorridos barriales e historias de barrio muestra que la cultura produce comunidad cuando activa capacidades ya existentes. El programa ayuda a recordar que muchas comunidades ya poseen formas de cooperación, memoria y cuidado. Esa distinción es central. La comunidad aparece como tejido a reconocer, fortalecer y proyectar.

De este modo, la participación barrial descrita por Graciela Parra puede entenderse como una expresión concreta de la construcción comunitaria que Malucha Pinto situó en el centro de su conferencia. La confianza social se construye en la presencia sostenida, en la escucha activa, en la valoración de los saberes cotidianos y en la posibilidad de que las personas incidan sobre aquello que afecta su vida en común.

La discusión permite precisar distintos niveles de involucramiento cultural y comunitario. La asistencia constituye una primera forma de presencia. La participación incorpora interacción, opinión y apropiación. La colaboración supone trabajo compartido entre comunidad e instituciones. La coautoría implica incidencia directa en la definición de contenidos, relatos, obras, usos y decisiones. Cada nivel tiene valor, pero los procesos comunitarios más robustos avanzan hacia formas de colaboración y coautoría donde las personas participan en la construcción de aquello que luego sostendrán.

Tabla 8: Niveles de involucramiento comunitario en los procesos culturales

Nivel de involucramiento	Característica principal	Implicancia para la gestión cultural
Asistencia	Presencia en una actividad o convocatoria.	Permite acceso y encuentro inicial.
Participación	Interacción, opinión y apropiación progresiva.	Abre espacios para recoger necesidades y sentidos.

Nivel de involucramiento	Característica principal	Implicancia para la gestión cultural
Colaboración	Trabajo conjunto entre comunidad, equipos e instituciones.	Fortalece corresponsabilidad y confianza.
Coautoría	Incidencia directa en decisiones, relatos, diseños y usos.	Construye procesos con mayor legitimidad y sostenibilidad.

Fuente: Elaboración propia a partir de las discusiones desarrolladas durante el Seminario Araucanía Cultural 2025 y de enfoques de participación cultural y gobernanza colaborativa.

Esta distinción permite responder una de las preguntas centrales de la jornada: cómo se construye comunidad desde la cultura. La respuesta está en la generación de procesos sostenidos donde las personas puedan reconocerse, deliberar, decidir y cuidar aquello que construyen colectivamente.

6.6 Educación intercultural y diálogo de saberes

Si Malucha Pinto situó la memoria como una práctica de reconocimiento colectivo y Juan Hausheer destacó el valor de los saberes cotidianos en la construcción del bienestar, la experiencia presentada por Domingo Oñate permitió observar cómo esos procesos de transmisión cultural adquieren continuidad dentro de los espacios educativos.

La intervención de Domingo Oñate Vásquez abrió una dimensión fundamental para comprender la cultura en la costa de La Araucanía: la educación intercultural. Desde su rol en el Servicio Local de Educación Pública Costa Araucanía, situó la discusión en un territorio marcado por la presencia mapuche, las cuencas hídricas, los humedales, la biodiversidad y una red de escuelas, liceos y jardines infantiles donde la cultura se expresa cotidianamente.

Su presentación permitió ampliar el concepto de cultura. En el ámbito educativo, la cultura incluye cosmovisión, lengua, memoria, relación con la naturaleza, normas de convivencia, saberes territoriales, prácticas comunitarias, formas de aprendizaje y modos de comprender el buen vivir. Desde esta perspectiva, la educación intercultural y medioambiental aparece como una vía para fortalecer identidad, pertenencia y diálogo de saberes.

Domingo Oñate explicó que el trabajo intercultural se desarrolla tanto desde la normativa formal como desde la vinculación territorial. La asignatura de Lengua y Cultura de los Pueblos Originarios constituye un avance relevante, pero el desafío educativo consiste en transversalizar la interculturalidad. Esto

implica que la cultura mapuche, el mapuzugun, los saberes territoriales y la relación con la naturaleza dialoguen con distintas áreas del aprendizaje, con los equipos directivos, docentes, estudiantes, familias y comunidades.

La educación intercultural también se vincula con prácticas concretas: encuentros de epew, palín, canto, ceremonias, huertos, trabajo con educadores tradicionales, comunidades, humedales y territorios de significación cultural. Estas experiencias permiten que los estudiantes aprendan desde el territorio y reconozcan que la cultura está presente en el lenguaje, el cuerpo, la naturaleza, el juego, el relato y la vida comunitaria.

El diálogo posterior con el público profundizó una tensión relevante: la participación mapuche en los procesos educativos. La presencia de educadores tradicionales representa una forma importante de incorporación, pero la interculturalidad requiere ampliar los vínculos hacia comunidades, familias, kimche, autoridades tradicionales, cultores y actores territoriales. La escuela puede ser un espacio de diálogo, pero el proceso de revitalización cultural y lingüística también depende de las familias, las comunidades y las redes que sostienen la vida cultural fuera del aula.

La intervención de Domingo conecta directamente con la tesis del capítulo. La cultura fortalece bienestar comunitario cuando permite que las personas se reconozcan en sus saberes, lenguas, territorios y formas de vida. En el caso de la educación intercultural, ese reconocimiento tiene una dimensión histórica y política especialmente profunda: contribuye a reparar distancias, abrir diálogo y construir una convivencia territorial más pertinente.

6.7 Capacidades comunitarias fortalecidas por la jornada

Leídas en conjunto, las experiencias presentadas en Carahue muestran que el bienestar cultural se construye mediante capacidades comunitarias. Cada intervención abordó un campo distinto, pero todas apuntaron a fortalecer vínculos, confianza, reconocimiento y formas de vida compartida.

Tabla 9: Capacidades comunitarias fortalecidas por las experiencias presentadas en Carahue

Experiencia / actor	Aporte principal	Capacidad comunitaria fortalecida	Proyección para la gestión cultural
Malucha Pinto / teatro comunitario	Memoria, escucha, relato territorial y creación colectiva.	Reconocimiento, recomposición del tejido social y sentido de pertenencia.	Diseñar procesos culturales basados en memoria, mediación y coautoría comunitaria.

Tabla 9: Capacidades comunitarias fortalecidas por las experiencias presentadas en Carahue

Experiencia / actor	Aporte principal	Capacidad comunitaria fortalecida	Proyección para la gestión cultural
Juan Hausheer / CESFAM Fundo El Carmen	Salud integral, huertos, plantas medicinales, alimentación y saberes cotidianos.	Bienestar relacional, cuidado comunitario y recuperación de prácticas locales.	Articular cultura, salud, educación ambiental y saberes territoriales.
Graciela Parra / Programa Quiero Mi Barrio	Participación barrial, apropiación del espacio público y confianza social.	Organización comunitaria, corresponsabilidad y uso significativo del espacio público.	Fortalecer procesos de codiseño, presencia territorial y gestión comunitaria.
Domingo Oñate / SLEP Costa Araucanía	Educación intercultural, lengua, territorio, cosmovisión y diálogo de saberes.	Identidad territorial, pertinencia educativa y reconocimiento intercultural.	Transversalizar la interculturalidad y vincular escuela, comunidad y territorio.
Institucionalidad cultural regional	Descentralización, articulación territorial, diversidad y reconocimiento de las culturas como bien público.	Legitimidad pública y capacidad de coordinación interinstitucional.	Fortalecer políticas culturales con enfoque territorial, comunitario e intersectorial.

Fuente: Elaboración propia a partir de la Jornada Carahue del Seminario Araucanía Cultural 2025.

Se puede observar que Carahue abordó el bienestar como una constelación de prácticas donde cultura, salud, educación, memoria, barrio, interculturalidad y política pública se cruzan. Su aporte principal fue mostrar que el bienestar comunitario depende de condiciones relacionales: confianza, reconocimiento, participación, pertenencia y continuidad.

Tabla 10: : Capacidades relacionales fortalecidas por la cultura

Capacidad relacional	Expresión observada en la jornada
Confianza	Participación barrial, trabajo colaborativo y continuidad de los procesos.
Reconocimiento	Memoria comunitaria, representación cultural y valoración de saberes locales.
Cuidado	Salud comunitaria, relación con la naturaleza, acompañamiento y apoyo mutuo.
Pertenencia	Identidad territorial, memoria compartida e interculturalidad.
Participación	Colaboración, corresponsabilidad y coautoría comunitaria.

Fuente: Elaboración propia a partir de la Jornada Carahue del Seminario Araucanía Cultural 2025.

Observadas en conjunto, las experiencias presentadas durante la jornada permiten identificar un conjunto de capacidades relacionales que la cultura contribuye a fortalecer. Confianza, reconocimiento, cuidado, pertenencia y participación aparecen como recursos fundamentales para la vida comunitaria y permiten comprender con mayor precisión cómo se expresa el valor público de la cultura en la escala cotidiana de los territorios.

6.8 Valor público del bienestar cultural: lo que las políticas suelen ver tarde

La jornada de Carahue complejizó el enfoque de valor público porque mostró un tipo de valor que suele quedar subrepresentado en las evaluaciones convencionales. El impacto de un proceso cultural comunitario se expresa en dimensiones que requieren observación cuidadosa: una persona que vuelve a narrar su historia, un grupo que recupera confianza, una comunidad que se reconoce en escena, un barrio que empieza a cuidar su espacio público, una escuela que abre diálogo con saberes territoriales, una práctica de salud que vuelve a mirar la casa, la huerta y la memoria familiar.

Desde el modelo de valor público de la cultura, Carahue permite reconocer al menos cinco niveles de valor. El valor intrínseco aparece en la experiencia expresiva, emocional, estética y comunitaria. El valor social se expresa en la generación de vínculos, bienestar, confianza y reconocimiento. El valor institucional surge cuando el Estado, las universidades, los municipios, los servicios locales y los programas públicos habilitan procesos significativos con presencia territorial. El valor territorial se produce cuando las prácticas culturales trabajan con memorias, historias, lenguas, paisajes y saberes situados. A ello se suma un valor relacional especialmente visible en esta jornada: la capacidad de fortalecer vínculos, confianza, cuidado y formas de cooperación comunitaria.

Tabla 11: Tipos de valor público observados en la Jornada Carahue

Tipo de valor público	Evidencia en la jornada	Requisito para sostenerlo
Valor intrínseco	Experiencia expresiva, emocional, estética y comunitaria.	Tiempo de proceso, mediación, confianza y continuidad.
Valor social	Bienestar, cohesión, reconocimiento y salud comunitaria.	Articulación con salud, educación, barrios y organizaciones.
Valor institucional	Capacidad del Estado y aliados para habilitar procesos significativos.	Financiamiento flexible, equipos capacitados y evaluación cualitativa.

Tipo de valor público	Evidencia en la jornada	Requisito para sostenerlo
Valor territorial	Reconocimiento de historias, saberes y memorias locales.	Pertinencia cultural, participación comunitaria y control territorial del relato.
Valor relacional	Confianza, reconocimiento, cuidado y fortalecimiento de vínculos comunitarios.	Continuidad territorial, mediación y participación sostenida.

Fuente: Elaboración propia en base a la Jornada Carahue del Seminario Araucanía Cultural 2025 y al marco de valor público de la cultura.

Esta lectura permite precisar que el bienestar cultural se expresa en relaciones, trayectorias y capacidades instaladas. Evaluar este tipo de procesos exige mirar más allá de la asistencia o la ejecución de actividades. Requiere observar continuidad, apropiación, vínculos generados, memorias activadas, aprendizajes compartidos, cambios en la confianza y formas de participación construidas en el tiempo.

6.9 Tensiones, orientaciones y cuidados del bienestar cultural

La jornada de Carahue dejó instaladas tensiones relevantes para la gestión cultural. Estas tensiones permiten comprender las condiciones bajo las cuales la cultura contribuye efectivamente al bienestar comunitario.

Tabla 12: Tensiones y orientaciones estratégicas identificadas en la Jornada Carahue

Dimensión	Potencial observado	Tensión emergente	Orientación estratégica
Actividad y proceso	Las prácticas culturales convocan, expresan y movilizan.	Actividades puntuales y procesos culturales sostenidos.	Diseñar ciclos de trabajo con continuidad, mediación, seguimiento y objetivos compartidos.
Bienestar cultural	La cultura fortalece vínculos, expresión, pertenencia y cuidado.	Bienestar medible y bienestar vivido.	Incorporar relatos, observación territorial, trayectorias y evaluación cualitativa.
Confianza social	Fortalece participación, cooperación y corresponsabilidad	La confianza se construye lentamente mientras muchos programas operan con plazos breves.	Diseñar procesos con continuidad territorial, presencia local y acompañamiento sostenido.

Dimensión	Potencial observado	Tensión emergente	Orientación estratégica
Institución y comunidad	Los programas públicos pueden habilitar procesos significativos.	Planificación institucional y participación incidente de las comunidades.	Avanzar hacia modelos de codiseño, colaboración y coautoría territorial.
Innovación social	Las prácticas locales permiten reorganizar vínculos y capacidades existentes.	Innovación basada en soluciones externas e innovación desde capacidades y saberes territoriales.	Reconocer la innovación como reactivación de prácticas, memorias y formas de cooperación.
Interculturalidad	La educación puede abrir diálogo entre saberes, lenguas y territorios.	Reconocimiento formal y diálogo intercultural efectivo.	Transversalizar la interculturalidad y fortalecer vínculos escuela-comunidad.
Salud comunitaria	Huertos, plantas medicinales y alimentación activan prácticas de cuidado.	Modelo biomédico y saberes territoriales.	Integrar enfoques de salud familiar, competencia cultural y conocimiento local.
Espacio público	Barrios, plazas, huertos, escuelas y teatros pueden producir encuentro.	Infraestructura física y apropiación comunitaria.	Diseñar espacios desde usos reales, recorridos cotidianos y memorias territoriales.
Centralización	La descentralización permite abrir conversaciones desde territorios específicos.	Centralización de las decisiones y construcción territorial de las políticas públicas.	Fortalecer inversión, presencia institucional y decisiones construidas desde abajo hacia arriba.

Fuente: Elaboración propia en base a la sistematización de la Jornada Carahue del Seminario Araucanía Cultural 2025.

Las tensiones identificadas durante la jornada expresan desafíos propios de la gestión cultural contemporánea y permiten comprender las condiciones bajo las cuales la cultura contribuye al bienestar comunitario. En todos los casos aparecen dos dimensiones igualmente necesarias para la acción pública, cuya articulación determina la profundidad y sostenibilidad de los procesos culturales. Las actividades permiten convocar y movilizar a las comunidades, mientras que los procesos sostenidos generan continuidad, confianza y capacidades colectivas. Los sistemas de evaluación requieren indicadores que orienten la gestión, pero las experiencias de bienestar también se manifiestan en formas de pertenencia, cuidado, reconocimiento y cooperación que solo pueden comprenderse mediante relatos, trayectorias y observación de los procesos vividos por las comunidades. De la misma manera, la planificación institucional aporta coordinación y recursos, al tiempo que las comunidades entregan conocimiento del territorio, legitimidad y capacidad para sostener las iniciativas más allá de los ciclos administrativos.

La jornada mostró que estas tensiones atraviesan múltiples ámbitos del desarrollo cultural. La innovación apareció vinculada a la capacidad de reactivar conocimientos, memorias y formas de organización ya presentes en los territorios, ampliando la comprensión tradicional que la asocia exclusivamente a la incorporación de soluciones nuevas. La interculturalidad se proyectó como un proceso de diálogo permanente entre saberes, lenguas y experiencias, cuya profundidad depende de la participación efectiva de las comunidades y no únicamente de su reconocimiento formal. Del mismo modo, las experiencias relacionadas con salud comunitaria evidenciaron el valor del encuentro entre conocimientos biomédicos y saberes territoriales, mientras que las reflexiones sobre espacio público destacaron que el potencial de plazas, escuelas, teatros, barrios y huertos depende tanto de su existencia física como de las formas en que las personas los habitan, les atribuyen significado y los incorporan a su vida cotidiana.

En conjunto, estas reflexiones permiten reconocer un aprendizaje transversal de la jornada: el bienestar cultural requiere tiempo para consolidarse. La confianza, la participación, la apropiación de los espacios, el diálogo intercultural y las capacidades de organización comunitaria se desarrollan mediante procesos continuos que difícilmente pueden generarse a través de intervenciones aisladas o de corto plazo. Desde esta perspectiva, las orientaciones estratégicas convergen en un mismo horizonte: fortalecer las condiciones que permiten sostener la acción cultural en el tiempo, promoviendo continuidad, mediación, acompañamiento territorial, reconocimiento de los saberes locales y una participación efectiva de las comunidades en las decisiones que afectan su desarrollo cultural.

Esta lectura refuerza la comprensión del valor público de la cultura desarrollada a lo largo del seminario. La capacidad transformadora de las políticas culturales no depende únicamente de la provisión de actividades o servicios, sino de la construcción de relaciones duraderas entre instituciones y comunidades, del fortalecimiento de capacidades existentes en los territorios y de la generación de condiciones para que las propias comunidades continúen desarrollando, proyectando y resignificando sus prácticas culturales. En ese sentido, la experiencia de Carahue muestra que el bienestar cultural constituye una construcción colectiva y acumulativa, cuyo principal soporte reside en la calidad de los vínculos sociales, la confianza y la continuidad de los procesos.

6.10 Cultura como cuidado de la vida común

Las historias compartidas en Carahue mostraron que la cultura sigue habitando espacios aparentemente simples: una conversación entre vecinos, una huerta comunitaria, una ceremonia escolar, un recuerdo familiar transformado en relato colectivo o una plaza que vuelve a ser utilizada por quienes viven a su alrededor. En esos espacios se construyen vínculos, confianza, reconocimiento y cuidado. Allí reside una parte sustantiva de su valor público.

Carahue mostró que gran parte de aquello que sostiene la vida en común rara vez aparece en los indicadores tradicionales. La confianza entre vecinos, la memoria compartida, los saberes transmitidos entre generaciones, el cuidado cotidiano y la capacidad de encontrarse continúan siendo recursos fundamentales para el bienestar de los territorios. La cultura aparece entonces como una práctica de cuidado de la vida común, capaz de fortalecer relaciones, generar reconocimiento y proyectar formas de convivencia que sostienen a las comunidades en el tiempo.

Esta lectura dialoga también con las reflexiones planteadas por las autoridades presentes durante la jornada, destacando la necesidad de fortalecer procesos culturales contruidos desde los territorios y capaces de reconocer las identidades, historias y formas de organización presentes en las distintas comunidades de La Araucanía. Desde esta perspectiva, el desarrollo cultural se relaciona con la capacidad de las comunidades para participar activamente en la construcción simbólica de los lugares que habitan.

La cultura aparece aquí como una práctica de cuidado de la vida común. Está hecha de relaciones, memorias, saberes, afectos y espacios de encuentro que permiten sostener la convivencia cotidiana y proyectar formas compartidas de habitar el territorio. La salud se vincula con la alimentación, los huertos y los saberes familiares; la educación intercultural con la lengua, la memoria y el territorio; la vida barrial con la confianza social y la apropiación del espacio público; y el arte con la capacidad de transformar experiencias individuales en relatos colectivos. En cada uno de estos ámbitos, la cultura actúa como una fuerza que conecta, articula y fortalece aquello que permite a una comunidad seguir siendo comunidad.

La jornada también dejó una señal relevante para la política pública. Las instituciones que trabajan con territorios requieren ampliar sus formas de escucha, evaluación y acompañamiento. Los procesos culturales comunitarios muestran que las comunidades producen conocimiento, cuidado, memoria, organización y sentido. Reconocer esa capacidad cambia la forma de diseñar políticas, programas y proyectos.

Temuco instaló la pregunta por el valor público de la cultura. Pucón exploró su capacidad para fortalecer procesos de desarrollo territorial. Carahue permitió observar cómo ese valor se expresa en la escala cotidiana de la vida comunitaria. La discusión que seguirá en Angol abordará una dimensión complementaria: cómo sostener institucionalmente estos procesos y qué formas de gobernanza permiten darles continuidad en el tiempo.

La pregunta que queda abierta —y que dialoga transversalmente con el conjunto del seminario— es:

¿Cómo fortalecer prácticas culturales capaces de cuidar la vida común, sostener vínculos, activar memorias y producir bienestar comunitario en territorios atravesados por transformaciones sociales, económicas y culturales cada vez más aceleradas?

Tercera Jornada: Carahue

Cultura, bienestar, memoria y comunidad



7. Cuarta Jornada: Angol. Liderazgos, incidencia y capacidades para sostener la cultura

La cultura como capacidad colectiva para sostener memoria, representación, diálogo y proyectos en el tiempo

7.1 Cuando la cultura entra al terreno de las decisiones

La cuarta jornada territorial del Seminario Araucanía Cultural 2025 se realizó el 2 de octubre en el Centro Cultural de Angol y abordó una dimensión menos visible, pero fundamental para comprender el desarrollo cultural contemporáneo: las capacidades necesarias para conducir, sostener y proyectar procesos culturales en el tiempo.

Si la jornada inaugural de Temuco permitió instalar la pregunta por el valor público de la cultura, Pucón exploró su contribución al desarrollo territorial y Carahue profundizó en su relación con el bienestar, la memoria y la vida comunitaria, Angol desplazó la conversación hacia las condiciones que permiten que esos procesos logren continuidad. La discusión se concentró en los liderazgos culturales, la incidencia pública, la articulación territorial y las capacidades institucionales y comunitarias necesarias para sostener iniciativas culturales más allá de coyunturas específicas.

La conferencia inaugural estuvo a cargo de Virna Veas, Directora Ejecutiva del Teatro Municipal de Chillán, mientras que la mesa de conversación reunió a Rodrigo Veas, representante de la Agrupación de familiares de detenidos desaparecidos de la región de La Araucanía; Sofía Huaiquil, publicista, community manager y creadora de contenidos para redes sociales y Blanca González curadora de semillas y maestra culinaria de la comuna de Toltén, bajo la moderación de Carlos Adiazola, sociólogo.

Las trayectorias de los participantes fueron diversas. La gestión institucional, la memoria y los derechos humanos, la conservación de semillas tradicionales, la gastronomía patrimonial, la identidad mapuche y la comunicación digital configuraron un panorama amplio de experiencias. Sin embargo, todas convergieron en una pregunta común: ¿qué capacidades permiten sostener procesos culturales con impacto territorial y valor público?

La relevancia de esta discusión radica en que la cultura no se desarrolla en un vacío institucional. Detrás de cada organización, festival, museo comunitario,

agrupación patrimonial, espacio cultural o iniciativa artística existen decisiones, recursos, redes, liderazgos y formas de coordinación que condicionan su continuidad. La sostenibilidad cultural depende tanto de la creatividad y la participación como de la capacidad de construir estructuras, vínculos y acuerdos que permitan proyectar el trabajo cultural hacia el futuro. Desde aquí emerge la pregunta que orienta este capítulo:

¿Qué capacidades requieren los territorios para sostener procesos culturales significativos y cómo se distribuye la capacidad de liderazgo, diálogo e incidencia dentro del campo cultural?

7.2 Virna Veas: gestión cultural, financiamiento y sostenibilidad

La conferencia de Virna Veas estableció una primera clave interpretativa de la jornada. A partir de su experiencia en la conducción del Teatro Municipal de Chillán, presentó una reflexión sobre gestión cultural, financiamiento, inversión pública y sostenibilidad institucional.

Uno de los aspectos más relevantes de su exposición fue la necesidad de comprender la cultura como una inversión estratégica de largo plazo. Desde esta perspectiva, el desafío no consiste únicamente en desarrollar actividades culturales, sino en construir capacidades organizacionales capaces de sostener procesos permanentes de creación, mediación, formación de públicos y participación cultural.

La experiencia del Teatro Municipal de Chillán permitió observar cómo la sostenibilidad cultural requiere combinar diversas fuentes de financiamiento, desarrollar alianzas estratégicas y fortalecer equipos profesionales capaces de gestionar organizaciones complejas. La relación con empresas privadas, fundaciones, organismos públicos y redes de colaboración aparece como una dimensión fundamental para ampliar las posibilidades de acción de las instituciones culturales.

Sin embargo, la sostenibilidad no se limita a los recursos financieros. También involucra la construcción de legitimidad social, la generación de vínculos con las comunidades, la formación de públicos y la capacidad de proyectar una visión cultural compartida. En este sentido, la gestión cultural aparece como una práctica de articulación que conecta proyectos, personas, instituciones y territorios.

La experiencia de Virna Veas permitió observar una dimensión central del valor público institucional: las organizaciones culturales generan confianza cuando muestran capacidad de gestión, transparencia, continuidad y vinculación efectiva con sus públicos. La cultura requiere inspiración, pero también planificación; requiere creatividad, pero también equipos, presupuestos, rendición, alianzas y visión estratégica. Dicho sin maquillaje: si una institución cultural no logra sostenerse, su valor público queda siempre expuesto a la fragilidad.

Su intervención instaló una pregunta que atravesó el conjunto de la jornada: ¿cómo construir estructuras capaces de sostener procesos culturales significativos más allá de las personas que los impulsan o de las fuentes de financiamiento que los hacen posibles en un momento determinado?

7.3 Liderazgos situados: memoria, territorio y representación

Uno de los aportes más significativos de la jornada fue mostrar que el liderazgo cultural adopta formas diversas según los territorios, experiencias y contextos desde los cuales se ejerce. La conducción cultural no reside únicamente en instituciones formales; también emerge desde organizaciones comunitarias, trayectorias familiares, saberes rurales, memorias locales y nuevas formas de representación pública.

La intervención de Rodrigo Veas vinculó el liderazgo con la memoria, los derechos humanos y la responsabilidad ética de mantener vivas aquellas experiencias que permiten comprender la historia de los territorios. Su reflexión destacó la importancia de construir espacios de diálogo capaces de conectar generaciones, fortalecer la participación y contribuir a una comprensión crítica del pasado.

Desde esta perspectiva, la memoria no aparece únicamente como un ejercicio de conservación histórica, sino como una práctica cultural activa. Recordar implica abrir conversaciones, sostener preguntas incómodas, transmitir aprendizajes y construir ciudadanía. La memoria se transforma así en una capacidad social: permite a las comunidades reconocer sus heridas, elaborar sus trayectorias y proyectar una comprensión más democrática de su futuro.

Este punto es especialmente relevante porque conecta memoria e incidencia. La memoria adquiere valor público cuando deja de estar confinada al testimonio privado y se convierte en práctica cultural compartida: exposiciones, visitas guiadas, archivos, rutas, ciclos formativos, encuentros intergeneracionales y acciones comunitarias. En ese tránsito, la cultura permite que el pasado dialogue con el presente y produzca aprendizajes para la vida pública.

La experiencia de Blanca González abrió otra dimensión fundamental. Su trabajo como curadora de semillas y maestra culinaria tradicional permitió observar cómo los saberes rurales constituyen una forma de liderazgo cultural frecuentemente invisibilizada por los enfoques institucionales. Su intervención mostró que las semillas, las prácticas agrícolas familiares, la cocina tradicional y los conocimientos transmitidos entre generaciones representan mucho más que recursos productivos. Constituyen patrimonio vivo, memoria territorial y formas concretas de autonomía cultural.

En este caso, la sostenibilidad cultural aparece encarnada en prácticas cotidianas. Las semillas se resguardan, se intercambian, se cultivan, se enseñan y se defienden. La cocina transmite memorias familiares y territoriales. La

huerta organiza conocimientos sobre ciclos naturales, alimentación, salud y comunidad. Desde esta perspectiva, la cultura no se reduce al escenario, al museo o al programa institucional; también habita la mesa, el huerto, el mercado, la cocina y la transmisión silenciosa de saberes que han permitido la reproducción de la vida campesina.

La experiencia de Blanca González permite comprender que la sostenibilidad cultural no consiste únicamente en mantener organizaciones o proyectos. También implica sostener conocimientos vivos. Una cultura se debilita cuando pierde sus semillas, sus recetas, sus relatos, sus formas de cultivo y sus modos de nombrar el territorio. Por eso, el resguardo de semillas y saberes campesinos puede leerse como una forma de liderazgo territorial: no lidera desde la autoridad formal, sino desde la capacidad de conservar y proyectar conocimientos indispensables para la autonomía comunitaria.

Por su parte, Sofía Huaiquil introdujo una dimensión particularmente relevante para comprender los cambios contemporáneos en el campo cultural. Su experiencia mostró cómo las plataformas digitales se han transformado en espacios de representación, visibilización e incidencia para nuevas generaciones. Sin embargo, reducir su aporte al uso de redes sociales sería insuficiente. Lo central de su intervención fue la producción de referentes culturales contemporáneos. Su experiencia permite observar cómo una mujer joven mapuche puede utilizar lenguajes digitales para abrir conversaciones sobre identidad, memoria familiar, cultura mapuche, pertenencia y vida contemporánea. En este caso, las redes no son solamente canales de difusión; son espacios donde se disputa representación.

La relevancia de esta experiencia radica en que muchas personas participan más activamente en la vida cultural cuando encuentran relatos, figuras y experiencias con las cuales pueden identificarse. La ausencia de referentes produce distancia; la presencia de referentes cercanos produce posibilidad. Sofía Huaiquil mostró que la incidencia cultural también puede expresarse en la capacidad de habilitar preguntas identitarias, acompañar búsquedas personales y abrir caminos de reconocimiento para jóvenes que están reconstruyendo su relación con la cultura mapuche en contextos urbanos, digitales y contemporáneos.

Observadas en conjunto, estas experiencias permiten comprender que el liderazgo cultural no se reduce a la conducción institucional. También se ejerce desde la memoria, la ruralidad, la transmisión de saberes, la representación cultural y la capacidad de generar espacios de encuentro y participación. Angol mostró que sostener la cultura implica sostener instituciones, pero también memorias, semillas, referentes, conversaciones y formas de pertenencia.

7.4 Cultura, conversación e incidencia

La conversación desarrollada en Angol permitió desplazar la atención desde los liderazgos individuales hacia las condiciones que hacen posible la incidencia cultural. En este punto, la moderación y posterior reflexión de Carlos Adriaola

aportaron una clave interpretativa especialmente relevante: la jornada no buscó definir un modelo ideal de liderazgo, sino explorar las capacidades necesarias para fortalecer procesos culturales situados, con posibilidad de incidir en la vida pública.

Uno de los elementos más significativos que emergió durante el diálogo fue la importancia de la conversación. Diversos participantes coincidieron en señalar que la posibilidad de escuchar, deliberar y construir acuerdos constituye una condición fundamental para el desarrollo cultural. Esta idea puede parecer simple, pero en realidad toca un punto estructural: sin conversación, la diversidad cultural se transforma fácilmente en fragmentación; con conversación, puede convertirse en proyecto compartido.

La conversación apareció así como una práctica cultural en sí misma. No se trata únicamente de intercambiar opiniones, sino de generar condiciones para reconocer perspectivas diversas, construir confianza y desarrollar proyectos comunes. Desde esta mirada, la cultura no sólo produce expresiones simbólicas; también crea espacios donde las comunidades pueden reflexionar y comunicar colectivamente sobre aquello que consideran valioso.

Otro aspecto relevante fue la referencia a una ética del cuidado. Esta idea apareció asociada al trabajo con memoria, al resguardo de semillas, a la transmisión de conocimientos y a la construcción de nuevas formas de representación cultural. En todos los casos, el liderazgo fue entendido menos como autoridad y más como responsabilidad respecto de personas, conocimientos, territorios y relaciones sociales.

La incidencia cultural emerge precisamente desde esa capacidad de sostener vínculos, construir confianza y generar condiciones para la participación. La jornada mostró que muchas de las experiencias culturales más significativas de la región han logrado perdurar porque desarrollaron capacidades relacionales a lo largo del tiempo: escuchar, mediar, articular, transmitir, representar y cuidar. Desde esta perspectiva, la gobernanza cultural puede entenderse como una capacidad colectiva para dialogar, construir acuerdos y orientar acciones compartidas. Su fortaleza depende tanto de las instituciones como de las relaciones que éstas logran establecer con comunidades, organizaciones y actores culturales presentes en los territorios.

La conversación también permite diferenciar participación e incidencia. Participar implica estar presente, opinar o formar parte de un proceso. Incidir supone tener capacidad de modificar decisiones, orientar prioridades o instalar temas en la agenda pública. Angol mostró que los liderazgos culturales más relevantes son aquellos que logran pasar de la presencia a la incidencia: desde la memoria hacia la formación ciudadana, desde las semillas hacia el patrimonio vivo, desde las redes hacia la representación, desde la gestión hacia la sostenibilidad institucional.

En ese sentido, la cultura funciona como espacio de construcción de acuerdos. No porque elimine los conflictos, sino porque ofrece lenguajes, prácticas y

espacios donde esos conflictos pueden ser elaborados públicamente. La cultura no reemplaza la política, pero puede mejorar la calidad de la conversación pública. Y eso, en tiempos de fragmentación y cansancio institucional, no es un detalle: es casi un servicio de urgencia democrática.

7.5 Capacidades de conducción cultural

Las experiencias compartidas durante la jornada permiten identificar un conjunto de capacidades asociadas a procesos culturales sostenibles. Estas capacidades no corresponden a una tipología propuesta directamente por los participantes, sino a una elaboración analítica construida a partir de sus intervenciones, entrevistas y diálogos desarrollados durante la jornada.

Tabla 13: Capacidades de conducción cultural identificadas en la Jornada de Angol

Capacidad	Expresión observada en la jornada	Actor donde se observa con mayor claridad	Qué permite sostener
Gestión	Planificación, financiamiento, formación de equipos y alianzas.	Virna Veas	Instituciones, proyectos y continuidad organizacional.
Memoria histórica	Reconocimiento de trayectorias, heridas, aprendizajes y experiencias acumuladas.	Rodrigo Veas	Identidad, justicia, ciudadanía, reparación, democracia y aprendizaje colectivo.
Representación	Visibilización de identidades, experiencias y voces subrepresentadas.	Sofía Huaiquil	Nuevas voces, reconocimiento cultural e incidencia simbólica.
Transmisión de saberes	Conservación y circulación intergeneracional de conocimientos culturales.	Blanca González	Patrimonio vivo, autonomía cultural y continuidad territorial.
Conversación	Escucha, diálogo y construcción de acuerdos.	Carlos Adriaola / conjunto de la mesa	Confianza, deliberación y articulación social.
Articulación	Vinculación entre organizaciones, instituciones, comunidades y escalas territoriales.	Conjunto de participantes	Redes, colaboración territorial y acción colectiva.
Cuidado	Protección de vínculos, memorias, patrimonios, comunidades y procesos.	Conjunto de participantes	Continuidad comunitaria y legitimidad cultural.

Fuente: Elaboración propia a partir de la sistematización de la Jornada Angol del Seminario Araucanía Cultural 2025.

La tabla permite observar que la conducción cultural trasciende ampliamente los modelos tradicionales de liderazgo centrados en individuos. La sostenibilidad de los procesos culturales depende de la interacción entre gestión, memoria, representación, transmisión de saberes, conversación, articulación y cuidado.

Un aspecto especialmente significativo es que estas capacidades se distribuyen entre distintos actores. Ninguna experiencia concentra por sí sola todas las respuestas. Virna Veas permite observar la dimensión institucional de la sostenibilidad; Rodrigo Veas, la dimensión política y ciudadana de la memoria; Blanca González, la continuidad de los saberes rurales y alimentarios; Sofía Huaquil, la producción de referentes culturales contemporáneos; y Carlos Adiazola, la necesidad de sostener una cultura de la conversación y del diálogo situado.

Esta lectura permite comprender que los desafíos de gobernanza cultural no pueden abordarse exclusivamente mediante reformas administrativas o nuevas fuentes de financiamiento. También requieren fortalecer capacidades humanas y comunitarias capaces de sostener relaciones de colaboración, transmitir conocimientos y construir horizontes compartidos para la acción cultural.

Desde esta perspectiva, la jornada de Angol aporta una comprensión ampliada de la sostenibilidad cultural. Los proyectos perduran cuando logran construir redes de confianza, formar nuevas generaciones de liderazgo, articular saberes diversos y generar mecanismos de participación capaces de renovar continuamente su legitimidad social.

7.6 Tensiones para la sostenibilidad cultural

La jornada permitió identificar diversas tensiones que atraviesan actualmente el campo cultural regional. Estas tensiones no deben entenderse únicamente como obstáculos, sino como desafíos permanentes que condicionan la capacidad de los territorios para sostener procesos culturales significativos y construir formas de gobernanza más inclusivas y efectivas.

Tabla 14: Tensiones para la sostenibilidad cultural identificadas en la Jornada de Angol

Dimensión	Potencial observado	Tensión emergente	Orientación estratégica
Liderazgo	Existencia de trayectorias con capacidad de movilizar procesos.	Liderazgo individual y liderazgo distribuido.	Fortalecer equipos, relevos y formas colaborativas de conducción.

Dimensión	Potencial observado	Tensión emergente	Orientación estratégica
Financiamiento	Diversificación de fuentes y alianzas posibles.	Financiamiento de proyectos y sostenibilidad de procesos.	Diseñar estrategias de mediano plazo, combinando recursos públicos, privados y comunitarios.
Memoria	Existencia de organizaciones y sitios vinculados a derechos humanos.	Memoria histórica y desmemoria pública.	Fortalecer educación, archivo, mediación y participación intergeneracional.
Patrimonio vivo	Presencia de semillas, gastronomías y saberes rurales.	Conservación patrimonial y continuidad generacional.	Reconocer saberes campesinos como patrimonio cultural estratégico.
Representación	Emergencia de nuevas voces y liderazgos culturales.	Visibilidad digital y representación efectiva.	Ampliar espacios de participación para jóvenes, mujeres y pueblos originarios.
Institucionalidad	Existencia de infraestructura, programas y marcos públicos.	Gestión administrativa e incidencia territorial.	Vincular planificación cultural con participación situada.
Conversación	Disposición al diálogo entre actores diversos.	Diversidad de voces y riesgo de fragmentación.	Sostener espacios permanentes de encuentro y construcción de acuerdos.

Fuente: Elaboración propia a partir de la sistematización de la Jornada Angol del Seminario Araucanía Cultural 2025.

Estas tensiones muestran que la sostenibilidad cultural requiere algo más que estructuras administrativas. Exige capacidades para construir legitimidad, sostener relaciones, coordinar actores diversos y generar condiciones para la continuidad de los procesos culturales. La gobernanza aparece así como una práctica de mediación permanente entre actores, escalas territoriales e intereses diversos.

A diferencia de una lectura centrada exclusivamente en la institucionalidad, Angol permite comprender que la sostenibilidad cultural se juega en distintos planos. Se juega en los presupuestos y equipos, pero también en las memorias que se transmiten, en las semillas que se conservan, en los referentes que se producen, en las conversaciones que se habilitan y en las comunidades que logran reconocerse como protagonistas de su desarrollo cultural.

7.7 Cultura, liderazgo y sostenibilidad

Las experiencias compartidas en Angol mostraron que la sostenibilidad cultural constituye uno de los desafíos más relevantes para el desarrollo cultural contemporáneo. La discusión permitió observar que el problema no radica únicamente en la existencia de proyectos o actividades culturales, sino

en las condiciones que permiten darles continuidad, fortalecer su impacto y proyectarlos hacia el futuro.

La conferencia de Virna Veas mostró que la sostenibilidad requiere organizaciones capaces de movilizar recursos, construir alianzas y desarrollar capacidades institucionales. Las intervenciones de Rodrigo Veas, Blanca González y Sofía Huaquil ampliaron esta reflexión al demostrar que sostener la cultura también implica preservar memorias, transmitir conocimientos, resguardar semillas, fortalecer identidades y abrir espacios para nuevas formas de representación.

La conversación desarrollada durante la jornada permitió reconocer que la sostenibilidad cultural posee una dimensión profundamente relacional. Los proyectos culturales perduran cuando existen comunidades comprometidas e informadas, redes de colaboración, espacios de diálogo y mecanismos de participación capaces de renovar continuamente su legitimidad.

Desde esta perspectiva, la gobernanza cultural puede entenderse como una capacidad colectiva para coordinar actores, distribuir responsabilidades y construir horizontes compartidos. Su fortaleza depende menos de la existencia de estructuras formales y más de la calidad de las relaciones que logran establecerse entre instituciones, organizaciones y comunidades.

Leída en conjunto con las jornadas anteriores, Angol aporta una dimensión decisiva al argumento general del Seminario Araucanía Cultural 2025. Temuco permitió comprender por qué la cultura genera valor público. Pucón mostró cómo contribuye al desarrollo territorial. Carahue evidenció su capacidad para fortalecer bienestar, vínculos y vida comunitaria. Angol permitió identificar las capacidades necesarias para sostener esos procesos y proyectarlos en el tiempo.

La principal contribución de esta jornada consiste en recordar que la cultura requiere algo más que creatividad o voluntad. Requiere organizaciones capaces de sostener procesos, comunidades capaces de transmitir conocimientos, liderazgos capaces de articular diferencias e instituciones capaces de reconocer la diversidad de experiencias presentes en los territorios.

En última instancia, la sostenibilidad cultural no se expresa únicamente en la continuidad de programas o proyectos. Se expresa en la capacidad de una comunidad para seguir produciendo conocimiento, memoria, identidad, diálogo, participación y sentido compartido a través del tiempo. Una cultura se sostiene cuando sus instituciones funcionan, pero también cuando sus memorias siguen circulando, sus saberes encuentran relevancia, sus nuevas generaciones producen voz propia y sus comunidades mantienen abierta la posibilidad de conversar sobre aquello que consideran valioso.

La pregunta que deja abierta la jornada de Angol es:

¿Cómo fortalecer las capacidades institucionales, comunitarias y territoriales necesarias para sostener el valor público de la cultura y proyectarlo hacia las futuras generaciones?

Cuarta Jornada: Angol

Liderazgos, incidencia y capacidades para sostener la cultura



8. Quinta Jornada: Cultura, espacio público, ciudad e hitos

La cultura como infraestructura simbólica de la vida urbana

8.1 Contexto: el cierre como síntesis y proyección del proceso

La quinta y última jornada del Seminario Araucanía Cultural 2025 se realizó el 8 de octubre en el Auditorio H de la Universidad Católica de Temuco. A diferencia de las jornadas anteriores, desarrolladas en Pucón, Carahue y Angol, este encuentro tuvo como propósito recoger los principales aprendizajes surgidos a lo largo del ciclo y proyectarlos hacia una reflexión más amplia sobre la relación entre cultura, ciudad, espacio público e hitos territoriales.

La jornada constituyó el cierre regional de una versión marcada por el énfasis en la descentralización. Durante el seminario, las conversaciones se desplazaron por distintos territorios de la región, abordando la economía cultural en Pucón, el bienestar comunitario en Carahue y los liderazgos culturales en Angol. El retorno a Temuco permitió reunir esas discusiones bajo una pregunta transversal: ¿cómo se materializa el valor público de la cultura en los espacios donde ocurre la vida colectiva?

La programación de la jornada contempló una conferencia inicial a cargo de Francisca Però, Directora Ejecutiva del Teatro Biobío, quien presentó la experiencia de esta infraestructura cultural y del Festival REC en Concepción. Posteriormente se desarrolló una mesa de conversación moderada por Esteban Molina, con la participación de Carlos Rendón, vinculado a la Bienal SACO de Antofagasta; Pamela Vázquez, arquitecta y asesora técnica en patrimonio inmueble de la Dirección de Arquitectura del Ministerio de Obras Públicas en La Araucanía; y Francisca Salas, arquitecta y académica de la Universidad Católica de Temuco, especializada en paisaje y espacio público.

Las exposiciones permitieron abordar la relación entre cultura y ciudad desde distintas perspectivas. Francisca Però situó la infraestructura cultural como un dispositivo de transformación urbana, capaz de modificar la experiencia cotidiana de habitar una ciudad. Carlos Rendón presentó la experiencia de SACO como una estrategia de activación del espacio público, donde el arte sale de los recintos tradicionales para encontrarse con la ciudadanía en muelles, ruinas, fachadas, bibliotecas, cárceles, estacionamientos y espacios patrimoniales. Pamela Vázquez abordó la puesta en valor del patrimonio arquitectónico como proceso de reconocimiento colectivo, inversión pública y construcción de identidad local. Francisca Salas, por su parte, mostró cómo el espacio público puede ser comprendido desde el análisis territorial, la observación situada y la imaginación proyectual.

La discusión adquirió especial relevancia para La Araucanía. La región combina centros urbanos intermedios, comunas rurales, localidades costeras, territorios cordilleranos y zonas con desigual acceso a equipamientos, servicios y programación cultural. Por ello, la pregunta por la ciudad y el espacio público no se limita a Temuco, sino que remite a una preocupación más amplia: cómo generar condiciones para que la cultura forme parte de la vida cotidiana de territorios diversos y desigualmente equipados.

Desde aquí emergen las preguntas que orientan este capítulo: ¿qué significa pensar la ciudad como espacio cultural? ¿De qué manera la infraestructura cultural produce —o no— vínculos con sus comunidades? ¿Qué diferencia existe entre construir equipamiento y producir apropiación social? ¿Cómo se relacionan espacio público, inclusión, memoria y derecho cultural? ¿Y cómo ciertos hitos artísticos o culturales pueden dinamizar territorios más allá de su programación puntual?

Estas preguntas permiten situar el cierre en un lugar preciso: el espacio público no es sólo el escenario donde la cultura ocurre, sino una de las condiciones que hace posible su valor público.

8.2 Infraestructura cultural y transformación urbana

La exposición de Francisca Peró abrió una reflexión especialmente relevante sobre el rol de las infraestructuras culturales en la transformación urbana. Su presentación, centrada en la experiencia del Teatro Biobío, permitió problematizar una idea frecuente en la gestión cultural: entender la infraestructura únicamente como obra física, equipamiento o inversión pública. Desde su experiencia, una infraestructura cultural puede operar también como hito urbano, dispositivo de vínculo, espacio de encuentro y motor de transformación territorial.

El caso del Teatro Biobío resulta significativo porque se emplaza en un sector históricamente periférico de Concepción, junto al río, en una ciudad que durante mucho tiempo le dio la espalda a ese borde urbano. La instalación del teatro permitió reorientar la mirada hacia ese espacio, activar circulación, producir centralidad y modificar la relación afectiva entre las personas y la ciudad. En este sentido, el edificio no aparece solamente como contenedor de programación artística, sino como una pieza urbana capaz de transformar imaginarios, recorridos y hábitos ciudadanos.

Uno de los elementos más importantes de su exposición fue la pregunta por la experiencia de crecer y habitar una ciudad que cuenta con un teatro relevante en su vida cotidiana. Esta pregunta desplaza la discusión desde la infraestructura hacia la experiencia cultural. No se trata únicamente de tener un edificio, sino de que ese edificio forme parte de la vida de las personas: que sea visitado, reconocido, recorrido, apropiado y sentido como parte de la ciudad.

La experiencia del Teatro Biobío permite observar que la infraestructura cultural requiere continuidad programática, gestión profesional, formación de públicos, financiamiento, mediación y vínculo con el entorno. Sin esos elementos, incluso una obra arquitectónica de gran escala puede transformarse en una infraestructura muda. Bonita, quizás; cara, probablemente; transformadora, no necesariamente.

La conversación posterior permitió tensionar una idea recurrente en las políticas culturales: que la construcción de infraestructura equivale automáticamente a desarrollo cultural. Diversos intercambios durante la jornada mostraron que numerosos espacios culturales enfrentan dificultades para sostener programación, mediación o participación permanente. Desde esta perspectiva, el principal desafío no consiste únicamente en construir nuevos equipamientos, sino en fortalecer las capacidades humanas, organizacionales y comunitarias que permiten activarlos y dotarlos de sentido para sus territorios.

Esta reflexión es especialmente pertinente para La Araucanía, donde muchas comunas cuentan con bibliotecas, centros culturales, teatros, plazas, sedes, espacios patrimoniales o equipamientos públicos que podrían adquirir un rol más activo en la vida cultural local. La pregunta no es sólo qué falta construir, sino qué espacios existentes pueden ser activados, conectados y resignificados desde la cultura.

8.3 Arte público, patrimonio y activación territorial

La mesa de conversación amplió la discusión más allá de la infraestructura cultural tradicional. La experiencia presentada por Carlos Rendón, desde la Bienal SACO de Antofagasta, mostró que el arte puede transformar la relación entre ciudadanía, espacio público y territorio cuando se instala fuera de los recintos convencionales. Su intervención permitió comprender el espacio público como una plataforma de encuentro entre obras, artistas, memorias urbanas y comunidades.

SACO surge en un contexto marcado por la ausencia de grandes instituciones de formación y exhibición en artes visuales en el norte de Chile. Frente a esa carencia, la estrategia desarrollada por la organización ha consistido en llevar el arte a espacios no tradicionales: muelles históricos, ruinas, estacionamientos, fachadas, bibliotecas, cárceles, playas, plazas y edificios patrimoniales. Esta operación no sólo amplía el acceso, sino que modifica la experiencia cotidiana de la ciudad. El arte aparece donde no se lo espera y obliga a mirar de nuevo aquello que parecía abandonado, periférico o invisible.

El caso de la Molinera del Norte, en Antofagasta, resulta especialmente ilustrativo. Un edificio industrial abandonado, de gran escala, fue transformado temporalmente en espacio expositivo, generando una nueva lectura urbana y cultural del barrio. En esta experiencia, el arte no opera como decoración posterior del espacio, sino como dispositivo de activación territorial. Hace

visible un lugar, convoca públicos, produce conversación y abre posibilidades de uso futuro.

La intervención de Carlos Rendón también permitió introducir una tensión importante: el espacio público requiere diálogo, anticipación y respeto territorial. Intervenir un lugar no significa ocuparlo unilateralmente. Exige conversar con comunidades, autoridades, vecinos, instituciones y personas que usan o habitan esos espacios. Sin ese trabajo previo, una intervención artística puede ser percibida como imposición o apropiación externa. Con diálogo, en cambio, puede transformarse en experiencia compartida.

La exposición de Pamela Vázquez aportó otra dimensión a esta discusión: la relación entre patrimonio, inversión pública y construcción de identidad local. Desde la Dirección de Arquitectura del Ministerio de Obras Públicas, su intervención mostró que la puesta en valor del patrimonio inmueble no consiste únicamente en restaurar edificios, sino en reconocer los significados históricos, sociales y culturales que las comunidades atribuyen a ciertos espacios.

Los ejemplos presentados —centros culturales, iglesias, teatros municipales, inmuebles patrimoniales y proyectos de recuperación urbana— permitieron observar que el patrimonio es una herramienta de desarrollo cuando logra articular memoria, uso social, participación, oficios, inversión pública y planificación territorial. Una infraestructura patrimonial no vale sólo por su antigüedad ni por su belleza arquitectónica. Vale porque condensa historias, prácticas, afectos, memorias y posibilidades de futuro.

En esta perspectiva, la comunidad no aparece como destinataria final de una obra, sino como actor necesario para definir qué tiene valor, qué debe conservarse y cómo debe proyectarse. La pregunta patrimonial no es simplemente “qué edificio recuperar”, sino “qué historia quiere contar una comunidad sobre sí misma y qué espacios necesita para sostener ese relato”.

Por su parte, la presentación de Francisca Salas permitió mirar el espacio público desde el análisis territorial y la formación de futuros profesionales. A partir de experiencias académicas desarrolladas en el río Cautín, el lago Budi y Curacautín, mostró que el espacio público no puede ser entendido como una fórmula aplicable a cualquier lugar. Cada territorio exige observación, recorrido, escucha y comprensión de sus dinámicas propias.

En sus ejemplos, el espacio público aparece como río, borde, ruta, huerta, feria, patio productivo, canal, ladera, vacío urbano, sitio de espera o lugar de encuentro. Esta mirada es especialmente relevante para La Araucanía, donde lo público no siempre adopta la forma de plaza urbana tradicional. En contextos rurales, ribereños o interculturales, los espacios colectivos pueden estar asociados a rutas, ferias, predios, bordes de agua, lugares de intercambio y espacios productivos que también sostienen vínculos comunitarios.

8.4 Hitos culturales: eventos que movilizan la ciudad

La jornada permitió ampliar la noción de infraestructura cultural hacia una comprensión más dinámica. La cultura urbana no se activa únicamente mediante edificios; también lo hace mediante hitos culturales, eventos artísticos, festivales, ferias, encuentros y programaciones capaces de movilizar una ciudad o un territorio.

La experiencia del Festival REC, presentada en relación con el Teatro Biobío, permitió observar cómo un evento cultural puede activar circuitos urbanos, convocar públicos diversos, movilizar economías locales y generar identidad regional. Su importancia no radica solamente en la cantidad de asistentes, sino en la capacidad de transformar temporalmente la ciudad en un espacio de encuentro, circulación y experiencia compartida.

Esta reflexión dialoga con experiencias regionales como el Festival Reino Fungi en Pucón, la Fiesta de la Nieve en Malalcahuello, las fiestas costumbristas, las ferias territoriales, las celebraciones patrimoniales y otros eventos que comienzan como actividades culturales específicas, pero pueden adquirir una relevancia mayor para la vida local. Cuando logran continuidad, relato y apropiación social, estos eventos dejan de ser actividades puntuales y se transforman en hitos culturales.

La diferencia entre evento e hito es fundamental. Un evento puede agotarse en la asistencia de un día; un hito, en cambio, reorganiza imaginarios, genera expectativa, activa redes, convoca actores, produce memoria y modifica la manera en que una comunidad se reconoce. No todo evento se convierte en hito. Para que ello ocurra, debe existir continuidad, pertinencia territorial, articulación institucional, participación comunitaria y capacidad de producir sentido más allá de la programación.

Desde esta perspectiva, los hitos culturales pueden operar como infraestructuras temporales de ciudad. No siempre dejan un edificio, pero sí pueden dejar memorias, recorridos, redes, aprendizajes, públicos y orgullo territorial. En ese sentido, la gestión cultural debe mirar los eventos no sólo como producción, sino como procesos capaces de activar territorio.

8.5 La ciudad como experiencia cultural

Una de las ideas que atraviesa la jornada es que la ciudad no se experimenta únicamente a través de su infraestructura. Las personas construyen su relación con el territorio mediante recorridos, encuentros, celebraciones, memorias, usos cotidianos y experiencias compartidas. Desde esta perspectiva, una plaza, un teatro, una feria, un borde río o un festival adquieren relevancia cultural no por su existencia física, sino por las experiencias que permiten generar.

Esta reflexión conecta directamente con la pregunta transversal del seminario: cómo producir valor público desde la cultura. La jornada de cierre permite observar que dicho valor se vuelve visible cuando los espacios logran transformarse en lugares significativos para quienes los habitan. La experiencia cultural aparece entonces como el puente entre infraestructura y apropiación social.

Durante las intervenciones se refuerza esta idea al señalar que los espacios no son interpretados de la misma manera por todas las personas. Un centro cultural puede ser para algunos un lugar de vida, arte y programación; para otros, puede ser sólo una construcción de cemento sin vínculo subjetivo. Esa diferencia es decisiva para la política pública, porque muestra que el valor cultural de un espacio no depende sólo de su existencia material, sino de la relación que logra construir con quienes lo habitan.

Desde esta perspectiva, la ciudad puede entenderse como una infraestructura cultural compleja. Está compuesta por espacios públicos, equipamientos, memorias, recorridos, hitos, programaciones y prácticas cotidianas que condicionan la manera en que las personas participan de la vida colectiva. La cultura no sólo ocurre en la ciudad; también contribuye a producirla.

8.6 Espacio público, inclusión y conflicto

Una lectura fina de la jornada permite sostener que el espacio público no es neutro. No todos los grupos lo habitan de la misma manera, no todos se sienten autorizados a ocuparlo y no todas las memorias o expresiones culturales encuentran allí un lugar legítimo. Por eso, hablar de cultura y ciudad implica hablar también de inclusión, desigualdad, reconocimiento y conflicto.

Esta discusión resulta especialmente pertinente para La Araucanía, donde las oportunidades de acceso cultural presentan diferencias significativas entre comunas urbanas, sectores rurales y localidades aisladas. La distribución desigual de equipamientos, servicios y actividades culturales plantea desafíos concretos para el ejercicio efectivo de los derechos culturales y para la construcción de espacios públicos inclusivos.

El espacio público es, al mismo tiempo, lugar de encuentro y lugar de disputa. Puede habilitar convivencia, pero también reproducir exclusiones. Puede visibilizar memorias, pero también ocultarlas. Puede ampliar derechos culturales, pero también concentrar actividades en ciertos sectores y dejar otros territorios fuera de la vida cultural urbana.

La conversación con el público permitió tensionar especialmente el carácter público de los espacios intervenidos culturalmente. La pregunta planteada apuntó a un problema relevante: cuándo una intervención artística en el espacio público amplía su uso colectivo y cuándo, por el contrario, puede ser percibida como apropiación o cierre. Las respuestas de la mesa insistieron en la importancia del diálogo con comunidades, la gestión previa, el respeto por los usos existentes y la comprensión del contexto.

Desde esta perspectiva, el espacio público no es sólo un lugar disponible. Es una relación social que debe ser cuidada. Su carácter público depende del acceso, pero también de la capacidad de sostener usos diversos, participación, flexibilidad y reconocimiento de quienes ya lo habitan. Una intervención cultural en el espacio público no debiera reemplazar la vida existente del lugar, sino dialogar con ella.

8.7 Dimensiones urbanas del valor público de la cultura

La jornada permitió identificar distintas formas en que la cultura produce valor público en la ciudad y en los territorios. Estas dimensiones no operan de manera aislada. Se articulan entre infraestructura, programación, apropiación, memoria, inclusión y experiencia.

Tabla 15: Dimensiones urbanas del valor público de la cultura

Dimensión urbana	Rol de la cultura	Riesgo si no se gestiona
Espacio público	Activación, encuentro, apropiación y convivencia.	Espacios vacíos, segregados o dominados exclusivamente por el consumo.
Infraestructura cultural	Producción de acceso, programación, mediación.	Equipamientos subutilizados o desconectados del territorio.
Narrativa de ciudad	Construcción de imagen, memoria e identidad urbana.	Branding superficial o exclusión de memorias incómodas.
Inclusión social	Participación de públicos diversos en la vida urbana.	Reproducción de desigualdades en el acceso cultural.
Hitos culturales	Movilización de públicos, redes, economía local y sentido compartido.	Eventos aislados sin continuidad ni apropiación social.
Patrimonio urbano	Reconocimiento de memorias, trayectorias e identidades locales.	Pérdida de relato territorial o patrimonialización sin uso social.
Experiencia cultural	Construcción de vínculo subjetivo con los espacios.	Infraestructuras sin apropiación ni significado comunitario.

Fuente: Elaboración propia a partir de la Jornada de Cierre del Seminario Araucanía Cultural 2025.

La tabla permite observar que la cultura urbana no puede reducirse a la disponibilidad de espacios. Lo decisivo es la relación entre infraestructura, programación, apropiación y sentido. Una ciudad puede contar con

equipamientos, pero si estos no generan vínculos, no producen necesariamente valor público. Del mismo modo, una intervención artística puede ser exitosa en términos de asistencia, pero débil si no deja reflexión, redes, memoria o capacidades instaladas.

Tabla 16: Formas en que la cultura produce ciudad

Dimensión	Contribución cultural
Espacio público	Encuentro, convivencia y reconocimiento.
Infraestructura cultural	Acceso, programación, mediación y participación.
Hitos culturales	Activación territorial y construcción de identidad.
Memoria urbana	Pertenencia y continuidad histórica.
Participación	Ciudadanía cultural y apropiación social.
Experiencia cultural	Construcción de sentido y vínculo con el territorio.
Patrimonio	Reconocimiento de trayectorias, oficios y relatos locales.

Fuente: Elaboración propia a partir de la Jornada de Cierre del Seminario Araucanía Cultural 2025.

Esta segunda tabla sintetiza el aporte central de la jornada: la cultura produce ciudad cuando permite que los espacios se transformen en lugares significativos. No basta con la existencia física de plazas, teatros, bibliotecas, centros culturales o edificios patrimoniales. Su valor público se activa cuando son usados, narrados, apropiados y reconocidos por las comunidades.

8.8 Del equipamiento a la apropiación

Uno de los aprendizajes más relevantes del cierre del seminario fue la necesidad de diferenciar entre infraestructura disponible e infraestructura apropiada socialmente. Esta distinción permite evitar una confusión frecuente en la planificación cultural: asumir que la construcción de equipamientos equivale automáticamente a la producción de cultura.

La infraestructura cultural requiere programación, gestión, mediación, accesibilidad y continuidad. Sin esos elementos, el edificio queda reducido a soporte físico. Con ellos, puede convertirse en plataforma de derecho cultural, ciudadanía y encuentro. Esta distinción permite pensar la ciudad desde una lógica más robusta: no basta con construir espacios, hay que activarlos; no basta con abrir puertas, hay que construir públicos; no basta con programar actividades, hay que generar apropiación.

Tabla 17: De la infraestructura limitada a la infraestructura robusta

Tipo de infraestructura	Lógica limitada	Lógica robusta
Edificio cultural	Construcción física.	Dispositivo de vínculo, programación y pertenencia.
Espacio público	Lugar disponible.	Territorio de encuentro, disputa, memoria y apropiación.
Equipamiento cultural	Recurso municipal o regional.	Plataforma de derecho cultural y ciudadanía.
Programación	Agenda de actividades.	Estrategia de mediación entre espacio, públicos y territorio.
Hito cultural	Evento puntual.	Experiencia territorial con continuidad, relato y apropiación.
Patrimonio	Objeto o inmueble a conservar.	Relato vivo que articula memoria, uso social e identidad local.

Fuente: Elaboración propia a partir de la Jornada de Cierre del Seminario Araucanía Cultural 2025.

La diferencia entre una lógica limitada y una lógica robusta no es menor. En la primera, la cultura se administra como recurso disponible; en la segunda, se gestiona como relación. Y esa diferencia define buena parte de la capacidad de una ciudad para producir valor público desde la cultura.

8.9 Aportes y proyección: diseñar ciudades como infraestructuras culturales

La jornada de cierre deja un aporte sustantivo al conjunto del seminario: permite comprender que la cultura se materializa en los espacios donde ocurre la vida colectiva. Esto implica ampliar la gestión cultural hacia la planificación urbana y territorial. Plazas, teatros, bibliotecas, centros culturales, bordes río, calles, ferias, mercados, estaciones y espacios patrimoniales deben ser entendidos como parte de una red cultural viva, no como equipamientos aislados.

Desde esta lectura, pueden identificarse al menos siete orientaciones para la gestión cultural. Primero, incorporar la cultura en la planificación urbana y territorial, reconociendo que la ciudad también se diseña desde sus prácticas simbólicas. Segundo, activar infraestructuras culturales mediante programación pertinente, mediación, accesibilidad y vínculo comunitario. Tercero, fortalecer

hitos culturales capaces de movilizar territorios, siempre que cuenten con continuidad, relato y apropiación social. Cuarto, articular espacio público, inclusión y derecho cultural, evitando que la vida cultural se concentre sólo en ciertos sectores o públicos. Quinto, vincular equipamientos con procesos de formación de públicos, circulación artística y participación ciudadana. Sexto, evaluar la infraestructura cultural no sólo por inversión o cobertura, sino por apropiación, uso, diversidad de públicos y generación de vínculos. Séptimo, pensar la ciudad como un sistema cultural, donde los espacios construidos, los eventos, las memorias y las prácticas cotidianas se articulan en una misma trama.

Estas orientaciones no constituyen un recetario, sino una forma de trasladar la discusión del cierre hacia decisiones concretas. Si algo muestra la jornada es que la cultura no produce ciudad automáticamente. La produce cuando existen condiciones de acceso, mediación, continuidad, cuidado e imaginación pública.

La jornada de cierre no clausura el seminario; lo devuelve a la ciudad, al territorio y a la vida cotidiana. Su principal aporte consiste en mostrar que las discusiones desarrolladas durante el ciclo —economía cultural, bienestar, memoria, participación, liderazgo y gobernanza— requieren espacios donde puedan materializarse y adquirir significado para las comunidades.

Desde esta perspectiva, la ciudad deja de ser únicamente el escenario donde ocurre la cultura. Aparece como una infraestructura cultural compleja, compuesta por espacios públicos, equipamientos, hitos, memorias, recorridos y experiencias que condicionan la manera en que las personas participan de la vida colectiva.

La principal lección de esta jornada es que el valor público de la cultura no depende exclusivamente de la existencia de infraestructura o programación. Depende de la capacidad de producir encuentro, apropiación, reconocimiento y pertenencia en los espacios compartidos.

La pregunta que queda abierta —y que proyecta el conjunto del Seminario Araucanía Cultural 2025— es:

¿Cómo construir ciudades y territorios donde la cultura forme parte de la vida cotidiana, fortaleciendo el encuentro, apropiación y pertenencia en los espacios comunes?

Quinta Jornada: Temuco

Cultura, espacio público, ciudad e hitos



9. Capítulo 9. Cultura y desarrollo territorial en La Araucanía: aprendizajes y proyecciones desde el valor público

9.1 Del recorrido territorial a la comprensión del ecosistema cultural regional

El Seminario Araucanía Cultural 2025 permitió observar el campo cultural regional desde una perspectiva territorial y descentralizada. A través de las jornadas realizadas en Temuco, Pucón, Carahue y Angol, emergieron experiencias, reflexiones y debates que, más allá de sus particularidades, permiten construir una lectura integrada sobre el estado actual y los desafíos futuros de la cultura en La Araucanía.

Cada encuentro abordó una dimensión distinta del desarrollo cultural. En Pucón, la discusión se centró en la relación entre cultura, economía y territorio; en Carahue, en los vínculos entre cultura, bienestar y comunidad; en Angol, en las capacidades de liderazgo, gobernanza y sostenibilidad cultural; mientras que la jornada de cierre en Temuco reflexionó sobre la relación entre cultura, ciudad, espacio público e infraestructura cultural. Observadas en conjunto, estas conversaciones permiten trascender la descripción de experiencias particulares para comprender dinámicas estructurales que atraviesan al conjunto del ecosistema cultural regional.

La lectura integrada de las jornadas permite sostener una hipótesis central para este documento: la cultura opera como una capacidad estratégica para el desarrollo territorial de La Araucanía. A través de ella se generan condiciones para la producción de bienestar, identidad, cohesión social, actividad económica, participación ciudadana y construcción de futuro. Desde esta perspectiva, el principal desafío regional no consiste únicamente en ampliar la actividad cultural existente, sino en fortalecer las capacidades que permitan sostenerla, articularla y proyectarla en el tiempo como valor público.

Lo que emerge es un ecosistema cultural dinámico, diverso y territorialmente arraigado. Sin embargo, las conversaciones desarrolladas durante el seminario también muestran que esta riqueza convive con dificultades para consolidar

mecanismos permanentes de coordinación, aprendizaje colectivo e incidencia pública. En consecuencia, el fortalecimiento cultural de la región depende tanto de la vitalidad de sus actores como de la capacidad de construir condiciones institucionales, comunitarias y territoriales que permitan proyectar esa riqueza en procesos sostenibles de desarrollo.

9.2 Rasgos del ecosistema cultural regional

La lectura integrada de las jornadas permite identificar algunas características que configuran actualmente el ecosistema cultural de La Araucanía.

Tabla 18: Rasgos observados del ecosistema cultural regional

Rasgo	Caracterización observada
Diversidad cultural	Amplia presencia de actores, disciplinas, expresiones artísticas y formas de organización cultural.
Vitalidad territorial	Existencia de iniciativas activas en ámbitos comunitarios, educativos, patrimoniales, artísticos y creativos.
Interculturalidad	Presencia permanente de identidades, memorias y saberes diversos.
Arraigo territorial	Fuerte relación entre cultura, paisaje, patrimonio, memoria y formas de habitar los territorios.
Innovación cultural	Experiencias que articulan cultura con educación, turismo, bienestar, ciencia y desarrollo local.
Fragmentación	Escasa articulación permanente entre actores, territorios e instituciones.
Dependencia de liderazgos	Muchos procesos descansan en personas o equipos específicos.
Fragilidad estructural	Dificultades para sostener financiamiento, capacidades y continuidad de largo plazo.

Fuente: Elaboración propia a partir de la Jornada de Cierre del Seminario Araucanía Cultural 2025.

Observados en conjunto, estos rasgos permiten comprender que el ecosistema cultural regional no constituye una estructura homogénea ni plenamente articulada. Más bien, corresponde a una red diversa de actores, organizaciones, espacios y prácticas que operan desde realidades territoriales distintas y que mantienen niveles variables de conexión entre sí. Esta condición explica tanto la riqueza del campo cultural regional como algunos de los desafíos observados para sostener procesos de colaboración y coordinación de largo plazo.

9.3 Una región culturalmente diversa y territorialmente compleja

Uno de los principales aportes del seminario fue evidenciar que la cultura en La Araucanía se expresa de formas profundamente diversas según los territorios donde se desarrolla.

La región reúne realidades urbanas, rurales, costeras, lacustres y cordilleranas que presentan condiciones distintas para la producción, circulación y participación cultural. Esta diversidad constituye una de las principales fortalezas del territorio, pero también plantea desafíos para la planificación pública. Las capacidades institucionales, el acceso a infraestructura, las oportunidades de financiamiento y la disponibilidad de redes de colaboración se distribuyen de manera desigual entre comunas y territorios.

A esta complejidad territorial se suma una dimensión especialmente significativa para la región: la presencia permanente de memorias, identidades y saberes que dialogan desde distintas tradiciones culturales. Las referencias recurrentes al patrimonio local, la cultura mapuche, las memorias comunitarias y los vínculos con el paisaje muestran que la cultura no aparece únicamente como un sector de actividad, sino como una dimensión constitutiva de la vida territorial.

En este contexto, la descentralización cultural deja de ser únicamente una estrategia administrativa. Se transforma en una condición necesaria para reconocer la diversidad de la región y fortalecer capacidades culturales situadas, capaces de responder a las particularidades de cada territorio.

9.4 Una visión integrada del valor público de la cultura

Las distintas jornadas del seminario permitieron aproximarse a dimensiones complementarias de una misma pregunta: ¿de qué manera la cultura contribuye al desarrollo de los territorios?

Tabla 19: Aportes de las jornadas a la comprensión del valor público de la cultura

Jornada	Pregunta central	Principal aporte
Temuco (apertura)	¿Por qué la cultura importa para el desarrollo?	La cultura constituye una dimensión estratégica del desarrollo regional.
Pucón	¿Cómo genera valor económico y territorial?	La cultura fortalece economías locales, identidad y sostenibilidad territorial.

Jornada	Pregunta central	Principal aporte
Carahue	¿Cómo contribuye al bienestar?	La cultura actúa como práctica de cuidado, cohesión y vida comunitaria.
Angol	¿Cómo se sostiene en el tiempo?	La sostenibilidad cultural depende de capacidades de liderazgo, gobernanza y articulación.
Temuco (cierre)	¿Dónde se materializa el valor cultural?	El valor público se expresa en espacios, infraestructuras y experiencias compartidas.

Fuente: Elaboración propia a partir de las jornadas del Seminario Araucanía Cultural 2025.

Más que representar temas independientes, las discusiones desarrolladas durante el seminario muestran distintas expresiones de un mismo fenómeno. La economía cultural, el bienestar comunitario, la gobernanza, la memoria, el patrimonio y el espacio público aparecen como dimensiones interdependientes de un proceso más amplio: la capacidad de la cultura para generar valor público en los territorios.

La principal contribución del seminario consiste precisamente en mostrar que estas dimensiones no operan de manera aislada. El bienestar requiere vínculos; los vínculos necesitan espacios de encuentro; los espacios demandan capacidades de gestión y gobernanza; y todas estas dimensiones dependen de procesos culturales que producen sentido, pertenencia y reconocimiento. Desde esta perspectiva, la cultura no constituye un ámbito separado del desarrollo, sino una dimensión transversal que contribuye a la construcción de capacidades colectivas.

9.5 Tensiones y desafíos para el desarrollo cultural regional

Sin embargo, el reconocimiento de estas contribuciones no elimina los desafíos que enfrenta el ecosistema cultural regional. Por el contrario, permite observar con mayor claridad las tensiones que condicionan su desarrollo futuro y que aparecieron de manera recurrente en las distintas jornadas.

Tabla 20: Tensiones estructurales observadas en el ecosistema cultural regional

Fortaleza observada	Desafío asociado
Diversidad cultural	Fragmentación y débil articulación entre actores.
Liderazgos activos	Dependencia de personas específicas para sostener procesos.
Innovación territorial	Dificultades de continuidad y financiamiento.
Interculturalidad	Necesidad de profundizar espacios de diálogo intercultural efectivo.
Vitalidad comunitaria	Capacidades desiguales entre territorios y organizaciones.
Infraestructura existente	Problemas de activación, programación y apropiación social.
Participación cultural	Escasa incidencia en procesos de decisión pública.
Reconocimiento del valor cultural	Dificultades para incorporar la cultura en estrategias amplias de desarrollo.

Fuente: Elaboración propia a partir de las jornadas, entrevistas y espacios de conversación del Seminario Araucanía Cultural 2025.

Estas tensiones muestran que el fortalecimiento cultural regional requiere algo más que nuevos recursos o programas. Exige capacidades de coordinación, aprendizaje colectivo, gobernanza y planificación que permitan transformar fortalezas existentes en procesos sostenibles y con mayor capacidad de incidencia.

9.6 Del valor público a las capacidades culturales

Uno de los hallazgos más relevantes del seminario es que el fortalecimiento cultural no puede evaluarse exclusivamente a partir de la cantidad de actividades realizadas, los recursos ejecutados o el número de asistentes convocados.

Las experiencias analizadas muestran que los procesos más significativos son aquellos capaces de instalar capacidades duraderas en comunidades, organizaciones e instituciones. Estas capacidades pueden expresarse en liderazgo, articulación territorial, transmisión de conocimientos, fortalecimiento organizacional, apropiación comunitaria de espacios culturales o generación de nuevas formas de colaboración.

Desde esta perspectiva, la discusión se desplaza desde la lógica de las actividades hacia la lógica de las capacidades. El desafío ya no consiste

únicamente en producir más iniciativas culturales, sino en construir condiciones que permitan que dichas iniciativas generen efectos sostenibles en el tiempo.

La lectura del seminario desde el enfoque del valor público permite observar que estas capacidades se expresan simultáneamente en tres dimensiones complementarias.

Tabla 21: Expresiones del valor público de la cultura observadas durante el seminario

Dimensión del valor público	Evidencias observadas	Expresión en las jornadas
Valor intrínseco	Identidad, memoria, creatividad, experiencia cultural y sentido de pertenencia.	Carahue, Angol y Temuco.
Valor instrumental	Bienestar, desarrollo económico, turismo, cohesión social y revitalización territorial.	Pucón y Carahue.
Valor institucional	Gobernanza, confianza, articulación, participación y fortalecimiento organizacional.	Angol y Temuco.

Fuente: Elaboración propia basada en Holden (2006) y en las jornadas del Seminario Araucanía Cultural 2025.

La presencia transversal de estas tres dimensiones confirma que la cultura produce valor público de maneras diversas y complementarias. Su relevancia no radica únicamente en los resultados inmediatos que genera, sino también en las capacidades colectivas que contribuye a desarrollar.

9.7 Proyecciones para el desarrollo cultural regional

Las discusiones desarrolladas durante el seminario sugieren que el fortalecimiento cultural regional requiere avanzar simultáneamente en distintos ámbitos de acción.

Uno de ellos se relaciona con la gobernanza y la articulación del ecosistema cultural. La diversidad de actores presentes en la región constituye una fortaleza significativa, pero también plantea la necesidad de construir espacios permanentes de coordinación, intercambio y colaboración capaces de sostener agendas compartidas más allá de iniciativas puntuales o proyectos de corta duración.

Un segundo ámbito corresponde al reconocimiento de la diversidad territorial. Las realidades observadas durante el seminario muestran que las estrategias de desarrollo cultural no pueden ser homogéneas para todos los territorios. La consolidación de capacidades locales, la cooperación entre comunas y el

fortalecimiento de redes territoriales aparecen como condiciones relevantes para reducir brechas y ampliar oportunidades de participación cultural.

Un tercer ámbito se relaciona con la integración de la cultura en las estrategias de desarrollo regional. Las experiencias analizadas muestran que la cultura contribuye simultáneamente al bienestar, la cohesión social, la economía local, la construcción de identidad y la sostenibilidad territorial. Esta condición sugiere la necesidad de superar enfoques sectoriales y avanzar hacia perspectivas que reconozcan la dimensión cultural como un componente transversal del desarrollo.

Finalmente, la discusión sobre ciudad, espacio público e infraestructura cultural evidencia la importancia de fortalecer condiciones de acceso, participación y apropiación comunitaria. La existencia de equipamientos, espacios culturales o actividades programáticas adquiere relevancia cuando logra transformarse en experiencias significativas para las personas y comunidades que habitan los territorios.

9.8 Reflexión final

El principal hallazgo del Seminario Araucanía Cultural 2025 es la constatación de que la cultura constituye una capacidad estratégica para el desarrollo territorial. A través de las experiencias compartidas en Pucón, Carahue, Angol y Temuco, la cultura aparece como un espacio donde se producen identidades, memorias, aprendizajes, relaciones sociales, iniciativas económicas y formas de participación que fortalecen la vida colectiva.

A lo largo de las distintas jornadas, la cultura se expresó como una dimensión presente en múltiples ámbitos del desarrollo regional. Su aporte se manifestó en la generación de sentido de pertenencia, en la activación de espacios públicos, en la transmisión de conocimientos y memorias, en la creación de oportunidades para la economía local y en la construcción de vínculos que fortalecen la cohesión social. En ese proceso, la cultura genera valor público porque amplía capacidades individuales y colectivas, contribuye al bienestar de las comunidades y fortalece las condiciones para una vida democrática.

Uno de los aprendizajes transversales del seminario es que muchos de los desafíos identificados no constituyen diagnósticos nuevos. La diversidad del ecosistema cultural, las brechas de gestión, las dificultades de financiamiento, la necesidad de mayor articulación institucional y el papel de la cultura en el desarrollo territorial han aparecido de manera reiterada en espacios de participación impulsados por la institucionalidad cultural y por los propios agentes del sector. Lo que emerge con fuerza, por tanto, no es solo la existencia de estos problemas, sino la persistente distancia entre el reconocimiento de la importancia de la cultura y su traducción en decisiones públicas capaces de modificar condiciones estructurales.

Esa distancia se expresa en distintos planos. Se advierte en la rigidez de algunos mecanismos de evaluación, que todavía tienen dificultades para

reconocer impactos culturales complejos; en niveles de inversión que no siempre dialogan con la centralidad que el sector cumple en la vida territorial; en la debilidad del trabajo intersectorial; y en asignaciones presupuestarias que muchas veces resultan insuficientes para sostener procesos culturales de largo plazo. El seminario mostró que el valor público de la cultura ya cuenta con legitimidad discursiva; el desafío pendiente es convertir esa legitimidad en capacidades institucionales, financiamiento, instrumentos de planificación y decisiones sostenidas.

La lectura integrada del proceso permite reconocer, al mismo tiempo, que una de las principales fortalezas de La Araucanía reside en la riqueza de sus actores culturales, en la diversidad de experiencias presentes en los territorios y en la capacidad de sus comunidades para producir sentido, organización e innovación desde sus propias realidades. Esta riqueza constituye un capital cultural para el desarrollo regional, sostenido en saberes, prácticas, memorias e iniciativas construidas a lo largo del tiempo.

Sin embargo, esa riqueza convive con una tensión estructural del ecosistema cultural. Mientras el discurso público promueve la colaboración, la asociatividad y el trabajo en red, una parte importante de los instrumentos de financiamiento continúa organizada sobre mecanismos concursables que empujan a organizaciones, creadores y comunidades a competir por recursos escasos. Esta lógica limita la consolidación de procesos colaborativos, fragmenta esfuerzos, debilita confianzas y dificulta la construcción de agendas compartidas de largo plazo. La colaboración requiere tiempo, continuidad y condiciones materiales; no puede descansar únicamente en la voluntad de los actores.

Desde esta perspectiva, la cultura puede comprenderse como una infraestructura social del territorio. A través de ella circulan conocimientos, se fortalecen identidades, se generan espacios de encuentro y se construyen capacidades colectivas para enfrentar desafíos compartidos. La cultura crea condiciones para la colaboración, favorece la participación de diversos actores y contribuye a la construcción de proyectos de futuro con mayor arraigo territorial y legitimidad social.

Fortalecer la cultura significa ampliar las capacidades de las personas, organizaciones e instituciones para crear, participar, colaborar y proyectar procesos culturales sostenibles en el tiempo. Significa también consolidar las condiciones que permiten que el desarrollo territorial incorpore la diversidad cultural, la memoria, la creatividad y la participación ciudadana como dimensiones constitutivas de la vida común.

En esa dirección, resulta clave reconocer las asimetrías que persisten en el acceso y la participación cultural. Estas brechas no solo expresan desigualdades territoriales o diferencias en la oferta disponible; también inciden en la forma en que las comunidades valoran lo público, se vinculan con las instituciones y ejercen su derecho a participar de experiencias culturales significativas. Cuando el acceso es desigual, se restringen las oportunidades de formación de audiencias, de encuentro con la diversidad creativa y de apropiación de

espacios culturales capaces de contribuir al desarrollo integral de las personas y comunidades.

El recorrido realizado por el Seminario Araucanía Cultural 2025 permite afirmar que el desafío ya no consiste únicamente en demostrar que la cultura genera valor público. Esa convicción aparece ampliamente compartida entre los actores que participaron del proceso. El desafío principal es construir las condiciones institucionales, territoriales y comunitarias que permitan sostener ese valor en el tiempo, traducirlo en decisiones públicas y proyectarlo como una dimensión estratégica del desarrollo regional.

En este marco, la pregunta que el seminario proyecta hacia el futuro puede formularse de la siguiente manera:

¿Cómo fortalecer las capacidades culturales, comunitarias e institucionales que permitan sostener y ampliar el valor público de la cultura como componente estratégico del desarrollo regional?

10. Palabras al cierre

Todo seminario deja preguntas. Pero algunos procesos dejan algo más profundo: la sensación de haber ampliado la mirada sobre aquello que parecía conocido.

A lo largo de este recorrido, Araucanía Cultural 2025 permitió volver a observar la cultura desde distintos lugares del territorio y desde distintas experiencias de vida. Las conversaciones desarrolladas en Temuco, Pucón, Carahue y Angol mostraron que la cultura no habita únicamente en los espacios artísticos ni en las instituciones dedicadas a su promoción. Aparece en la memoria de las comunidades, en los oficios que se transmiten entre generaciones, en los espacios públicos que las personas hacen propios, en las formas de cuidado que sostienen la vida cotidiana, en los liderazgos que articulan voluntades colectivas y en la capacidad de imaginar futuros compartidos.

Cada jornada permitió iluminar una parte de esa realidad. Sin embargo, vistas en conjunto, las experiencias reunidas durante el seminario revelan algo más amplio: que la cultura constituye una trama de relaciones que conecta territorios, saberes, identidades, memorias y proyectos de futuro. Una trama muchas veces invisible, pero fundamental para comprender cómo las comunidades construyen sentido, pertenencia y convivencia.

Quizás uno de los principales aprendizajes de este proceso sea reconocer que el valor público de la cultura no reside únicamente en aquello que produce o en los beneficios que genera. Su valor también se encuentra en aquello que permite sostener: la posibilidad de encontrarse con otros, de reconocerse como parte de una historia común, de dialogar desde las diferencias y de construir colectivamente horizontes de desarrollo que no se reduzcan exclusivamente a variables económicas o administrativas.

Las voces que dieron forma a este seminario recordaron que el desarrollo

cultural no es un destino al que se llega, sino un proceso permanente de construcción. Un proceso que requiere instituciones comprometidas, comunidades activas, espacios de participación significativos y una disposición constante a escuchar aquello que emerge desde los territorios.

En una región diversa y compleja como La Araucanía, esta tarea adquiere una relevancia particular. Porque la cultura no aparece aquí como un complemento del desarrollo, sino como una de las formas mediante las cuales las personas comprenden el territorio que habitan, fortalecen sus vínculos y proyectan su futuro.

Al finalizar este recorrido, quedan abiertas muchas preguntas. Pero quizás esa sea precisamente la principal fortaleza de un proceso como este. No ofrecer respuestas definitivas, sino contribuir a construir mejores preguntas; preguntas capaces de orientar nuevas conversaciones, nuevas colaboraciones y nuevas formas de imaginar el lugar que la cultura puede ocupar en el desarrollo regional.

Porque, en definitiva, la cultura no es solamente aquello que heredamos. También es aquello que decidimos cuidar, compartir y proyectar hacia quienes vendrán después.

El desarrollo cultural en La Araucanía debe fundamentarse en derechos transversales que permitan a la ciudadanía construir futuro, habitar el territorio y crecer como sociedad, consolidándose como una herramienta estratégica de política pública. Este enfoque transforma el arte de una mera instancia de apreciación a un motor esencial para la dignidad territorial y el desarrollo humano, constituyendo la llave clave para el porvenir regional.

11. Bibliografía conceptual

Holden, J. (2006). *Cultural value and the crisis of legitimacy*. Demos.

Moore, M. H. (1995). *Creating public value: Strategic management in government*. Harvard University Press.

Observatorio Vasco de la Cultura. (s. f.). *El valor público de la cultura*. Kulturaren Euskal Behatokia.

Yúdice, G. (2002). *El recurso de la cultura: Usos de la cultura en la era global*. Gedisa.



UNIVERSIDAD
CATÓLICA DE
TEMUCO



Programa
Identidad Regional

ISBN: 978-956-6465-22-5



9 789566 465225